

Acad - II  
Esp - 67

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR

EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1899

(p. 12)



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1899

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1891

---

1891

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1891

R 40659

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR

EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1899



MADRID

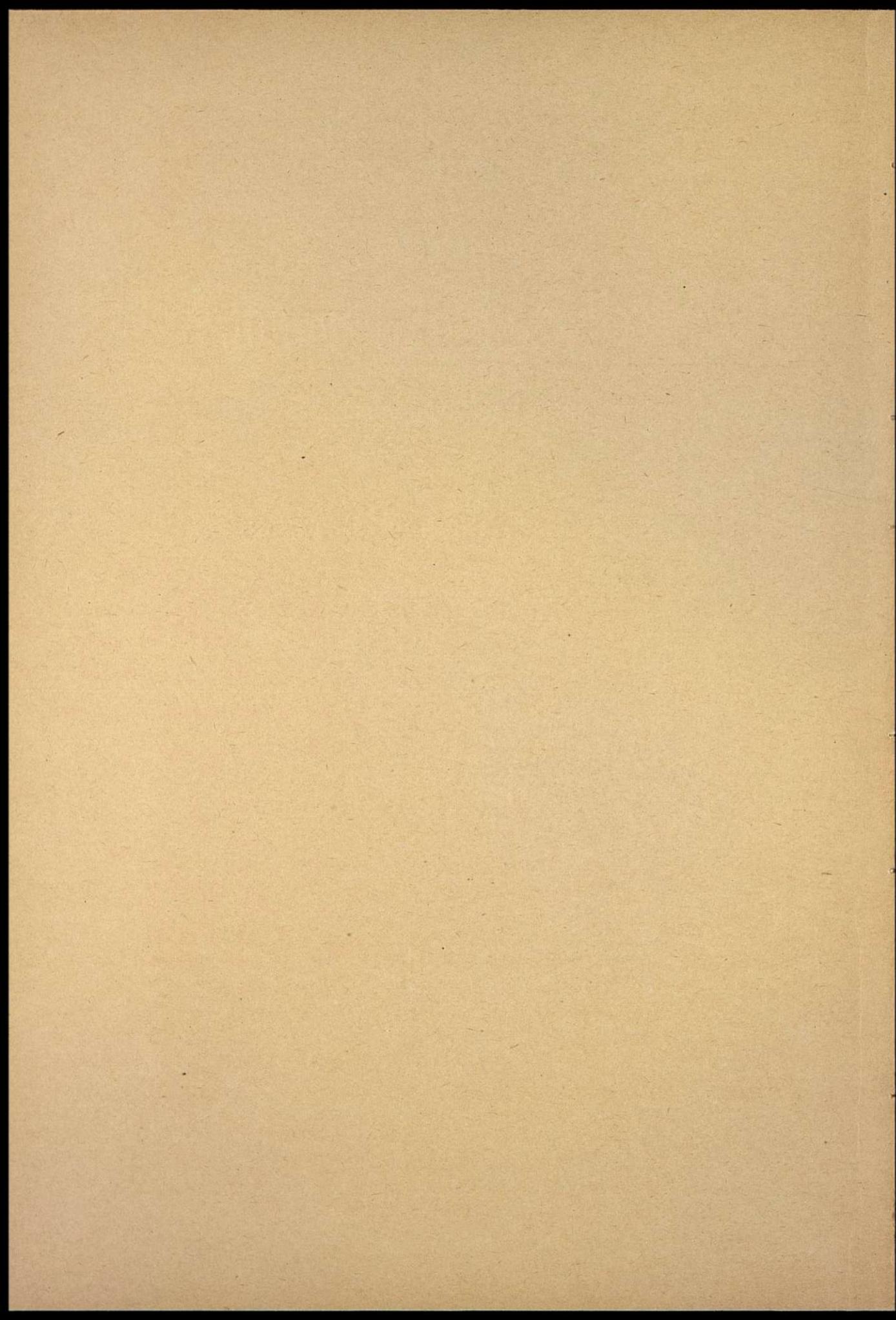
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1899

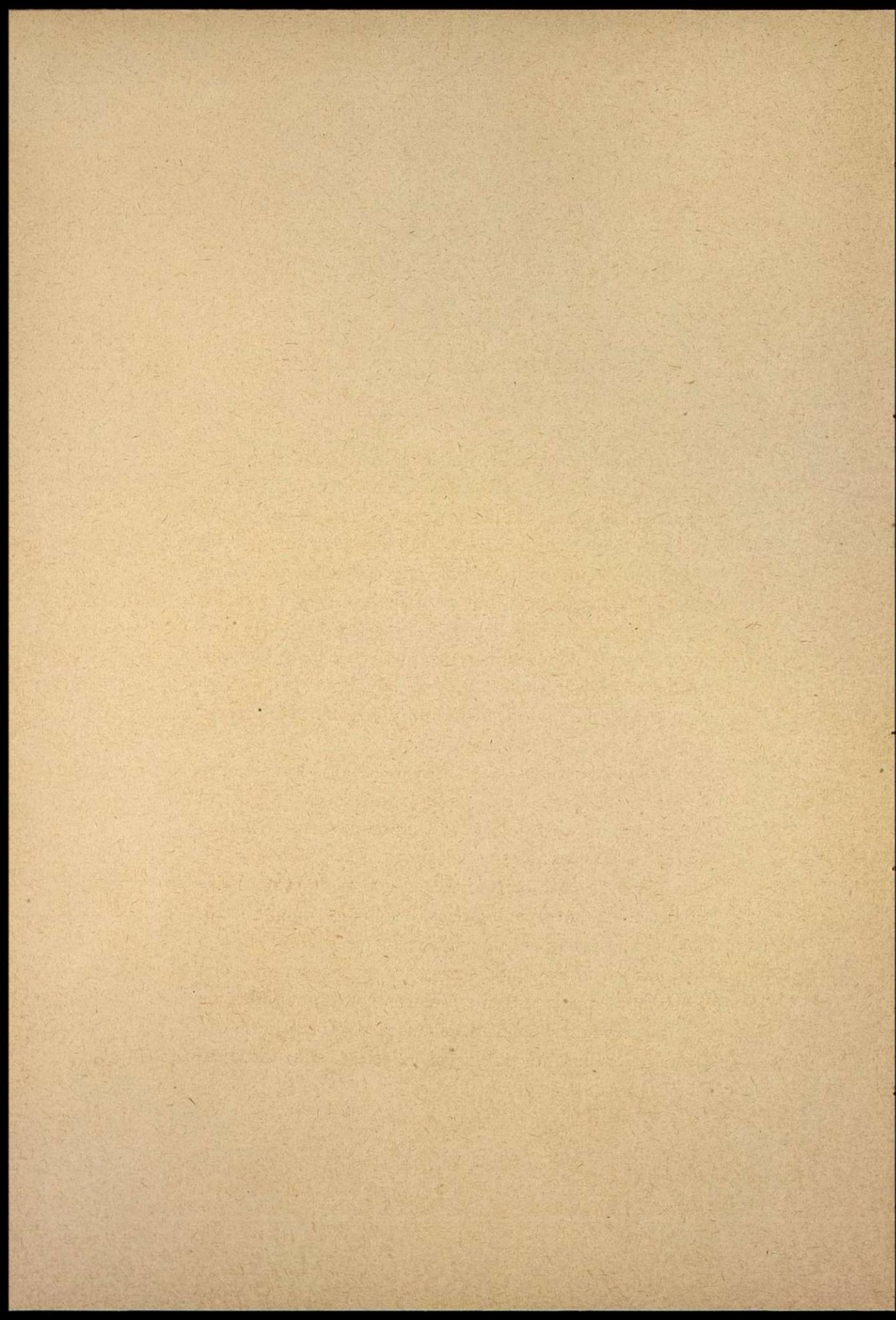




DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR



SEÑORES ACADÉMICOS:

En momento para mí tan solemne, cuando por acto generoso de almas nobles complacidas en levantar á los espíritus humildes, me hallo en este sitio con obligación inexcusable de dirigiros la palabra, encuéntrome perplejo y como deslumbrado; situación que fácilmente comprenderéis, si advertís que he pasado la mayor y mejor parte de mi vida lejos del bullicio cortesano, entre toscos operarios y montaraces camperos, ocupado en obscuras y penosas faenas, á que me han llamado de consuno el ejercicio de mi profesión y mis inclinaciones al examen y estudio de la naturaleza.

Consecuencia de esto es haber recorrido, casi siempre con gravísima molestia, á pie no pocas veces y á caballo por lo regular, cosa de cien mil quilómetros por las más apartadas y agrestes regiones de nuestra Península, en comunicación casi constante con gentes de muy diversas procedencias y condiciones, las cuales, dado que todas se expresaban en idioma patrio inteligible, era con extrañas variantes y modismos para mí inesperados: circunstancias que pronto me hicieron concebir la idea de apuntar, reunir y analizar cuantos vocablos llamaban mi atención durante tan largas correrías. Más tarde caí

en la tentación de agregar á éstos aquellos otros, más ó menos peregrinos por muy distintos conceptos, que me salían al paso en los estudios científicos á que por necesidad, deber y seductora atracción tenía que consagrarme; y de esta manera, andando los tiempos y supliendo con la constancia en el trabajo mi falta de habilidad para llevarlo á buen término, logré reunir abundantes menas filológicas, que sometidas, según mis aficiones de minero, al crisol de los buenos escritores y al garbillo de los léxicos, me permitieron separar los minerales de las gangas y obtener al fin algún metal, que, pareciéndome acendrado, ofrecí respetuoso á la Academia, como en señal y tributo del amor que debemos á la riqueza y esplendor de nuestro idioma, de que es ella muy en primer término vigilante guarda y discreta acrecentadora.

Tan asidua labor de estudio y análisis de vocablos, emprendida con la noble intención de procurar algún beneficio al habla castellana, aunque, sin duda, desprovista de mérito real y amplia transcendencia, la habéis recompensado, ilustres y preclaros representantes de la literatura patria, concediéndome puesto á vuestro lado; seguramente como el escultor admite en su taller al dócil operario, para desbastar y meter en puntos los rudos cantos de mármol, que en manos de hábil é inspirado artista han de convertirse en estatuas admirables y admiradas.

Pero lograda la satisfacción, cuando ya los años empiezan á pesarme y las energías del cuerpo y del espíritu me quieren abandonar, apenas si alcanzo á daros fervorosas gracias por distinción tan alta y justamente codiciada como la que me habéis otorgado, y prepa-

rarme, para corresponder á ella, á ofreceros alguna muestra de mi buen deseo en pro de los estudios filológicos, objeto preferente, aunque no exclusivo, de las tareas de esta ilustre Corporación.

Entiendo, necesariamente, que si me habéis escogido entre tantos ilustres escritores científicos como honran nuestra nación, y en particular los del Cuerpo de Ingenieros de Minas á que pertenezco, no habrá sido por otro mérito sino el de haber cumplido con la sentencia: *Labor omnia vincit*; y siendo así, no podéis esperar de mí otra ofrenda que amor al trabajo y pertinaz paciencia, lo cual ciertamente no podrá tomarse como vana y propia, aunque disfrazada alabanza, sino á modo de respetuoso memorial que presento á competente autoridad, conforme se permite al soldado, aun dentro del rigor de la ordenanza, proponer con moderación ante sus superiores los servicios que ha prestado y los trabajos y peleas en que más parte le haya cabido; y esto me lo habéis de tolerar para alentarme, ahora y siempre, pues, hombre obscuro y desconocido, no he podido disfrutar como vosotros de los aplausos del público ni de los favores de la crítica con que el espíritu obtiene el galardón de la fama y se levanta, tras fatigosa lucha, sobre el nivel de la multitud.

Por otra parte, y por mucho que intentase poner de realce los méritos en que se haya fundado vuestra benevolencia, pronto se alcanzaría que sólo por tolerancia excepcional ha habido medio de que llegue á suceder en la silla académica al hombre esclarecido que la dejó vacía; mas ya que es así, aceptemos el hecho con sus inevitables contrariedades é inconvenientes, entre los cua-

les no es el menor el de ser yo el llamado á rendir en público, y por vez primera en esta casa, tributo de admiración y respetuoso afecto á la memoria imperecedera del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Varón de peregrinas y multiplicadas aptitudes, bien puede decirse que en él estaban sintetizadas las condiciones críticas propias de la sociedad presente, y era así la demostración más palpable de cómo el trabajo, el estudio y el talento, dirigidos por el camino del honor, llegan á las cumbres más altas de la gloria, no sólo sin ofensa de nadie, sino con aquiescencia y admiración de todos. Con sus obras demostró claramente lo grande y complejo de su valer como historiador imparcial y diligente; como estadista sin rival en España; como patriota que acepta el sacrificio en el sentido más preciso de la palabra; como orador brillantísimo; como político batallador y de altos vuelos; como escritor erudito, castizo y fecundo, y como hombre, en fin, tan teórico como práctico, pues apenas había ramo de los conocimientos humanos de que no tuviera segura y acertada noticia. Su excepcional talento y rapidísima percepción fueron proclamados indiscutibles; pero como al andar del tiempo esto pudiera considerarse exagerado, habéis de permitirme evocar un recuerdo personal que lo demuestra.

En el invierno de 1890 presidía el Ateneo de Madrid el Sr. Cánovas, y tratando de animar las conferencias científicas de aquella casa, pensó en invitar á diversas personas, todas de capacidad notoria, menos el que esto refiere, para que explicasen las lecciones de un curso de «Historia de la Creación» á la altura de las teorías y de los descubrimientos más modernos. Convocóse á una

reunión previa para discutir el programa que alguien había ya trazado, y varios de los concurrentes fueron presentando á lo proyectado objeciones que alteraban el sistema de exposición propuesto, agregando nuevos detalles, dignos de consideración sin duda, pero que destruían la cohesión del plan sin ventaja manifiesta de la obra. Comprendiólo en seguida el Presidente, y con manifiesta sorpresa de cuantos imaginaban que el asunto no era de su especial competencia, recogió y resumió admirablemente los pensamientos que sobre el particular se habían emitido, y, desechando minucias y peregrinas proposiciones de cuestionable sentido práctico ó de muy difícil aplicación por el momento, formuló en términos precisos el índice general del curso, de modo que, componiendo un conjunto homogéneo, pudieran, sin embargo, los encargados de las lecciones exponerlas con cuanta amplitud juzgasen necesaria, considerando los hechos á que habían de referirse desde el punto de vista que á cada cual mejor pareciese, sin que por ello la totalidad perdiera la ilación debida. De este modo, los especialistas hubieron de confesar que había quien fácilmente reunía, condensaba y ponía de acuerdo los conocimientos distintos de que estaban tan orgullosos, por creerlos casi privativos, y llegaba á formar una síntesis de comprensión general y ordenada.

Vano sería el intento de hacer en esta ocasión la biografía del Sr. Cánovas como orador ó como político, y sólo en concepto de un tributo de honor á la memoria de tan potente genio, me limitaré á reseñar las condiciones literarias y académicas del gran maestro.

*El Semanario Pintoresco, La Ilustración, Las Noveda-*

des y algunos otros periódicos, dieron á luz, hace ya cerca de medio siglo, diversos escritos del Sr. Cánovas, quien por aquella época, en los comienzos de su vida pública, también imprimió una novela histórica, titulada *La Campana de Huesca*, notable imitación de las de Walter Scott, tan en boga por entonces, y que, precedida de un prólogo de D. Serafín Estébanez Calderón, puede considerarse como estudio acabado de la nobleza aragonesa, del famoso Rey Monje y de las artes españolas, en el momento, importantísimo en nuestra Historia, de la fusión en una sola nacionalidad de Aragón y Cataluña.

Siguió á esa obra la *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento al trono de D. Felipe III hasta la muerte de Carlos II*, continuada más tarde en unión con D. Joaquín Maldonado Macanaz, como base y primer ensayo del profundo trabajo que acerca de la historia de la Casa de Austria insertó en el *Diccionario de Política y Administración*, de Barca y Suárez Inclán, y donde presentó con nueva luz y criterio independiente, y con datos hasta entonces nunca aducidos, la labor penosa de aquellos reyes y de aquellos ministros en cuyas manos se deshacía sin remedio posible la inmensa mole que sobre la Corona de España acumularon las herencias y los enlaces regios.

La maestría del estilo y la pureza del lenguaje avaloran éstas y otras obras del Sr. Cánovas, como la colección de artículos y discursos, designada con el título de *Problemas contemporáneos*; los dos tomos de *Estudios literarios*; el interesante libro *El Solitario y su tiempo*; el prólogo á las *Obras de Moreno Nieto*; el del libro *Los Vascongados*, de Rodríguez Ferrer; el de la versión caste-

llana de las *Oraciones de Demóstenes*, por D. Arcadio Roda, y el de los *Poemas dramáticos contemporáneos*, por D. Pedro de Novo y Colson, etc., etc. Además, pueden calificarse de magistrales los discursos que el Sr. Cánovas pronunció varios años al inaugurar las cátedras del Ateneo, así como los que destinó á solemnizar los actos de su recepción en las Academias de la Historia, de San Fernando y de Ciencias morales y políticas, y, sobre todo, el que leyó en 1867 acerca de «La libertad en las Artes» al tomar posesión de la silla que en esta Academia dejó vacante el Duque de Rivas, y el referente á los «Escritores aljamiados» con que contestara en 1875 al de recepción del Sr. Saavedra. También publicó el señor Cánovas un tomo de poesías, entre las que hay algunas donde, como ha dicho uno de sus más ilustres biógrafos, «dejó caer perlas de sentimiento y de ingenio, que no estarían fuera de lugar engarzadas en las diademas de los mayores poetas españoles é italianos.» Labor tan grande y de tanto precio es, sin embargo, pequeña al lado de la acción política, en cuya exposición y análisis repito que ni por incidencia puedo ni debo ocuparme en la ocasión y lugar presentes. Conste, sí, que el mérito relevante y la originalidad indiscutible del señor Cánovas han llenado páginas sin número de nuestra historia literaria contemporánea, aunque no hayan tenido nunca la resonancia de sus altas empresas en las esferas y ciencias del Gobierno, ante las cuales, por confesión hasta de sus más decididos adversarios, era menester inclinarse respetuosamente, reconociendo tanto talento, percepción tan clara, palabra tan maravillosa y carácter tan completo, unido todo á la honradez más intachable

y las virtudes cívicas más conspicuas, con que Cánovas dió á su patria muchos días de gloria, orden y progreso.

Podrá atenuar el tiempo el horror inmenso que causó en el mundo entero el nefando crimen cometido por vil y miserable anarquista el 8 de Agosto de 1897; pero la memoria de Cánovas siempre señalará en la Historia de España un punto crítico digno de reflexivo estudio, como lo son en otro orden de ideas los que por sus especiales condiciones denominan *singulares* los matemáticos.

Dios, ciertamente, habrá acogido en su seno el alma de aquel varón fuerte y justo, por quien en el día de su muerte, todos, amigos y adversarios, elevaron preces al Altísimo, como las elevo yo con espíritu humilde y atribulado al escribir estos renglones.

Apartemos la atención de tan luctuosas memorias para dar cumplimiento á los preceptos reglamentarios de la Academia, en cuya obediencia voy á someter á vuestra consideración algunas ideas referentes á los neologismos, principalmente los técnicos, para demostrar, hasta donde acierte, que de las nomenclaturas de las ciencias puras y aplicadas procede el principal contingente de palabras nuevas con que hoy se aumenta el caudal de las lenguas vivas.

Obedece el acrecentamiento del castellano, lo mismo que de todos los idiomas de su especie, á dos fuentes distintas de producción de vocablos. La primera y fundamental es obra del pueblo, que comenzó por cambiar las voces latinas en castellanas, conservando las raíces y el acento; pero mudando ó suprimiendo las vocales átonas, ciertas consonantes y muchas terminaciones, con orden y método que pudieran considerarse como aplica-

ción de un sistema preconcebido, cuando realmente sólo era resultado natural y lógico de las condiciones fisiológicas de la voz y del oído, unidas al carácter ó idiosincrasia populares; y los elementos que así sirvieron para dar forma y vida á la lengua, continúan 'y continuarán actuando, siquiera sea con menor energía, ya que aquellos materiales constituyentes están cada vez más fijos y determinados por la acción de la cultura literaria. La segunda manera de modificarse el castellano, así constituido, depende de los procedimientos, que pueden denominarse sabios ó eruditos, con los cuales, fuera ya de la comunicación directa con los idiomas generadores, se van añadiendo las voces que pide el progreso de los tiempos, siempre sobre las bases existentes; mas prescindiendo casi por completo de la acción fonética espontánea, y atendiendo con preferencia á las formas escritas que se procura conservar con el menor cambio posible.

Muchas de las voces obtenidas por este último método llegan á fuerza de tiempo á incorporarse y confundirse con el lenguaje popular; pero si en cualquier caso se analiza con detención un vocablo dado y se aclara su etimología, fácil es para el lexicógrafo descubrir su procedencia y modo de formación, es decir, si la voz, por su sencillez y naturalidad en disposición y sonido, corresponde al pueblo, ó si es producto artificial y como derivación forzada hecha por los eruditos, pues siempre hay diferencias apreciables entre los vocablos populares instintivamente labrados con el oído por guía, y los formados por reflexión y docto análisis, partiendo de elementos tomados por la vista, que aun después de generalizados de nada aprovechan para el estudio de la filo-

logía deductiva, como destinados solamente á satisfacer necesidades eventuales de las lenguas.

De todos modos, y cualquiera que sea su procedencia, los neologismos pueden compararse en el ejército lexicográfico de un idioma, como las tropas auxiliares de los antiguos romanos que pretendían, á cambio de sus valiosos servicios, el derecho de ciudadanía; no siendo caso raro hallar entre esta muchedumbre advenediza algún antiguo conocido, malamente olvidado con el tiempo, y que como hijo pródigo vuelve á ser bien recibido en el hogar paterno.

Así Hernando de Herrera aplaude á Garcilaso de la Vega por haber usado la voz *abastanza*, por entonces perdida y anticuada, y dice (1): «Semejantes adquisiciones, usadas sin afectación, dan nobleza, hermosura y autoridad al lenguaje, y permiten al escritor valerse de dicciones peregrinas cuando no cuenta con otras propias y naturales.» El mismo Herrera es aún más terminante cuando escribe, después de alabar la voz *desbañe*, que también empleara el poeta (2): «Osó éste entremeter en la lengua y plática españolas muchas voces latinas, italianas y griegas, y sucedióle bien esta osadía; ¿y temeremos nosotros traer al uso y ministerio de ella otras extrañas y nuevas, siendo limpias, propias, significantes, convenientes, manifiestas, numerosas, de buen sonido y que sin ellas no se declara bien el pensamiento en una sola palabra? Apártese este rústico miedo de nuestro ánimo; sigamos el ejemplo de aquellos antiguos varones que en-

(1) Anotación al soneto VII, pág. 121 de la edic. de Sevilla de 1580.

(2) Egloga II, pág. 523, *ibid.*

riquecieron el *sermo romanus* con voces griegas y peregrinas, porque quien hubiere alcanzado con estudio y arte tanto juicio que pueda discernir si la palabra es propia y dulce al oído, ó extraña y áspera, puede y tiene licencia para componer vocablos y enriquecer la lengua.»

Estas ideas de hombre de tanta autoridad no hacen sino confirmar lo que los antiguos autores habían aconsejado y puesto por obra, á pesar de la oposición de los retóricos contemporáneos; y así se explica que cuando el Emperador Tiberio pidió permiso al Senado romano para usar la palabra ateniense *monopolio*, como manifestara Ateyo Capitón que ya se había usado la voz y que de todos modos se usaría en adelante si daba ejemplo el Emperador, hubo de replicar Marco Pomponio Marcelo, gramático de aquellos tiempos: «Miente Capitón, porque tú, César, puedes dar ciudadanía á los hombres, pero no á las palabras;» lo cual, sin embargo, no impidió que la voz *monopolio* quedase en latín, como quedaron latinizados muchos vocablos griegos y multitud de otros tomados de pueblos subyugados por los romanos, y que permanecieron escritos en lenguas bárbaras, como llamaban aquellos conquistadores á todas las que no eran la suya.

Hablando Quintiliano de la voz *essentia*, dice (1): «Multa ex graeco formata nova sunt, ut *ens* et *essentia*, quae cur tantopere aspernemur, nihil adeo, nisi quod iniqui iudices adversus nos sumus, ideoque paupertate sermonis laboramus;» y pues así resulta que con nueva especie de justicia somos inicuos jueces contra nosotros mismos y labramos la pobreza del lenguaje, bien claro está que

(1) *De Institutione oratoria*, lib. 8.º, cap. 3.º

nos será lícito y conveniente aprovechar aquellos bienes que redunden en provecho de todos, y en las condiciones precisas que el mismo Quintiliano señalara para que fuera de ley el uso de voces nuevamente adquiridas.

Viendo el gran Cicerón que en medio de la riqueza de la lengua latina se encontraba á menudo con la dificultad de no poder expresar con una sola voz algún concepto, y esto le obligaba á emplear rodeos y perífrasis, exhorta decididamente á admitir nuevos vocablos para designar los objetos y cosas nuevas: *novis rebus nova nomina sunt imponenda*, lo mismo que autorizara Horacio en su *Arte poética*, diciendo:

«..... et nova rerum  
nomina protulerit. Licuit, semperque licebit  
signatum praesente nota procudere nomen.»

Ha de admitirse, pues, sin obstáculo, que para el aumento, desarrollo y riqueza de una lengua es preciso dotarla de todas aquellas voces que pidan las necesidades diarias y crecientes de las invenciones, tratos y cosas nuevas; y como nadie puede dudar que exista semejante progreso, de ahí que vaya creciendo el caudal de los neologismos, en los que deben desde luego distinguirse dos clases. Una, de todos aquellos que designan cosas antes no conocidas, y otra, la formada por las voces destinadas á reemplazar perífrasis ó palabras antiguas; y mientras los primeros deben admitirse con buena voluntad, toda precaución será poca para los segundos, pues á menudo no demuestran sino la ignorancia lexicográfica de los que los inventaron. Pero de una y otra manera, siem-

pre resulta que los adelantos del saber humano son los que obligan á la invención de voces nuevas y á su introducción en el léxico (1), y así se ve que los matemáticos y los astrónomos, los físicos y los químicos, los naturalistas y los médicos, los artistas y los artesanos, los marinos y los soldados, los políticos y los estadistas, todos y cada uno usan cada día voces peregrinas, que procuran añadir á la lengua vulgar, vistiéndolas con el ropaje propio de cada nación.

Cosa cierta es, refiriéndonos como nos corresponde al castellano, que hay en la naturaleza y en la sociedad no pocos objetos para los cuales nos hallamos sin vocablos adecuados; tales son multitud de minerales, piedras, plantas, frutas, animales, pesos, monedas, instituciones, oficios, ceremonias, y otra infinidad de cosas que se nos comunican por las historias y por las relaciones de viajes y que el comercio, cada día más fácil y activo, lleva de una á otra nación, y es claro que á todos estos objetos hemos de dar nombre; como tampoco admite duda el que habiendo multitud de máquinas, invenciones y conceptos con que la ciencia de nuestros tiempos se ha enriquecido, todo ello necesita voces ciertas y acomodadas, sin que nadie haya de repugnar tan indispensables neologismos, pues si por regla general se presentan como forasteros intrusos que invaden nuestro hogar, no hacen al fin sino darnos favor con su avecindamiento, tal vez mirado al principio como cosa dura y repulsiva, pero

(1) «Il y a un néologisme nécessaire qui provient des nouvelles créations dans les idées et dans les choses.» Littré, *Dictionnaire de la Langue française*, art. *Néologisme*.

transformada con el tiempo, como ya decía Cicerón, hasta parecer dulce y suave, según ahora encontramos las voces de Gramática, Retórica, Dialéctica y Geometría, que fueron nuevas en otro tiempo, se introdujeron por necesidad, y hoy corren sin obstáculo ni protesta.

Pero al hablar de vocablos nuevos, conviene repetir con Monlau (1) que palabras nuevas en el sentido estricto de la idea, no las hay ni puede haberlas; pues si bien por traducción ó transcripción de otra lengua, por derivación ó composición, ó por ampliación de significado de la propia, podemos acomodar nuevas dicciones á nuestro lenguaje, los elementos constitutivos siempre serán conocidos, ya que si intentásemos señalar cualquier objeto ó idea con una combinación silábica de capricho, como las de las modernas lenguas universales, nadie aceptaría tal engendro; consideración que ha de contener el entusiasmo de los neólogos, pues así comprenderán que el furor de innovar sin orden ni reglas, además de ser ineficaz, desnaturaliza el genio de las lenguas, compromete su vigor y ocasiona, siquiera sea transitoriamente, perturbaciones en su organismo, que al fin salva el instinto popular, recusando lo nuevo cuando no lo encuentra justo y necesario, conforme él busca, halla y aplica con verdadera espontaneidad las expresiones más adecuadas y pintorescas. Así se han fraguado por el pueblo multitud de metáforas que constituyen otros tantos neologismos, llamando *perdiz económica*, á la cebolla; *chorizos de Leganés*, á las guindillas; *vizconde*, al bisojo; *el gordo*, al premio mayor de la Lotería de Navidad; *capitalistas*, á los

(1) *Del arcaísmo y del neologismo*, pág. 25: Madrid, 1863.

novilleros desarrapados; *cuatro ojos*, al que gasta lentes, y *coeficiente*, á la persona que acompaña á un examinando de ingreso en las Escuelas militares. Frase popular es la de *marinos de agua dulce*, para significar á los que, teniendo por oficio navegar, hallan modo de vivir en tierra; no es menos expresiva la de *Audiencias de perro chico*, con que se bautizaron las creadas hace pocos años en poblaciones de escasa importancia, y no carece de gracia la que denomina á los segundos tenientes *comandantes de vía estrecha*, aludiendo á las menguadas trencillas con que últimamente se adornaron las bocamangas de los oficiales subalternos, copiando la disposición de los galones de los jefes.

Mas estas alteraciones del significado de palabras nos obligan á considerar punto de tanto interés para la filología, cual es lo que suele denominarse *pureza del lenguaje*.

En opinión general de los gramáticos, la pureza de las lenguas es algo semejante á la de las razas zoológicas; y para los que así lo entienden, la introducción de una palabra extranjera en un idioma es mancha vitanda, como la de sangre plebeya en noble linaje. Pero ha de observarse que como las cosas y las costumbres, al llegar á un país desde otro extranjero, suelen ir ya con nombre propio, casi siempre será más fácil adoptarlo, con leve variante de forma, que buscar un equivalente, rara vez apropiado en la lengua indígena.

Así se ve que si algún tiempo antes de comenzar la época moderna, los maestros mineros del Hartz, famosos desde el siglo x, se esparcieron por todos los países donde, con el desarrollo de la industria, eran necesarios los

conocimientos especiales del arte de labrar las *veneras metalinas*, aquellos alemanes llevaron con su ciencia muchas voces propias, que hoy son universales, y entre ellas las que, poco alteradas, decimos ahora en castellano: *blenda, bocarte, bismuto, castina, cobalto, cuarzo, chorlo, dama, dique, drusa, esmalte, espato, estemple, feldespatto, ganga, gneis, grauwaca, hornablenda, jalde, manganeso, marga, mena, níquel, potasa, rafa, salbanda, turmalina, zinc*, etc. (1).

También cuando los italianos, á mediados del siglo XVIII, introdujeron sus óperas por todas las demás comarcas de Europa, exportaron al propio tiempo muchas voces suyas aplicadas á la música, como *alegro, andante, aria, balata, cavatina, coda, partiquino, partitura, rondó, sonata*, etc., que ahora se usan en todas las naciones cultas; y de parecido modo, nacido en Inglaterra el fecundo invento de los ferrocarriles, han ido á todas partes las palabras inglesas *balasto, tender, túnel, vagón*, etc.; y estos casos, que no multiplico por no ser pesado, demuestran que la adopción de voces extrañas, cuando son necesarias, en nada perjudica á la verdadera pureza y genio de las lenguas, que permanecen inalteradas en su esencia y composición.

Por otra parte, los puristas intransigentes no deben olvidar que siempre ha sucedido lo que ahora, pues los

(1) En alemán eran los originales respectivamente: *blende, pochhammer, wismuth, kalk-stein, kobold, warze, schörl, damm, dicke, druse, schmelz, spath, stempel, feld-spath, gangart, gneis, grau-wacke, horn-blende, gelbe, mangan-erz, mergel, men, nickel, pott-asche, raf-fel, salbe-band, thurm-mahlig, zink*, etc.

romanos, al recibir de los griegos todo cuanto se refiere á las artes de la palabra y de la escritura, aceptaron las voces griegas correspondientes, como *syntaxis*, *syllaba* y *diphthongus*; y lo mismo sucedió en arquitectura, ciencias, derecho, milicia, pesos y medidas, trajes y otros objetos, que tenían nombre original helénico. Subiendo por este camino, observaríamos además que muchos nombres del tecnicismo griego hallan sus antecedentes en las escuelas de Egipto y Asia, y aun todavía podríamos remontarnos hasta las fuentes sánscritas, para confirmarnos en que la adopción de términos extranjeros se ha hecho en todos los tiempos y países á compás de las respectivas civilizaciones; porque los instrumentos de las artes y de las ciencias, lo mismo que las concepciones abstractas, no es necesario que se inventen más de una vez para propagarse en servicio de toda la humanidad, y es natural que sus nombres pasen tradicionalmente de uno á otro pueblo y de generación en generación en calidad de documentos de procedencia y de sucesión hereditaria incuestionables.

Opinan muchos que no se deben adoptar en una lengua vocablos nuevos que no concuerden con los corrientes y conocidos en ella; pero esto ofrece hoy mayores inconvenientes que en lo antiguo, cuando las voces se tomaban al oído, y del alemán *bei Gott!* (¡por Dios!), que dijera un tudesco retorciéndose los pelos de encima del labio, resultaba *bigote*; del italiano *ascosa varella*, esto es, cesta tapada, se hacía *escusa-baraja* en castellano; el árabe *داسجان*, *damchán*, botellón, se cambiaba en *damajuana*; el alemán *Kupfer asche*, ceniza de cobre, daba *caparrosa*, y el *reticulus*, ó bolsa de red, que

usaron las damas de la antigua Roma, se transformaba en el *ridículo* de nuestras señoras; pudiendo citarse otros ejemplos análogos, no menos disparatados que el de la conversión de las frases latinas *Deum de Deo*, en *de donde diere*, y *ad vultum tuum*, en *al buen tuntún*, ó la francesa *plait pas*, en *plepa*. Hoy no se puede consentir la traducción de *Torre de Eifel*, en *Torre infiel*, con que se bautizó en Madrid há pocos años el tosco remedo que del gran monumento de París se colocara en la calle del Ave María en noche de la verbena de San Lorenzo; ni que los *pozos artesianos* se llamen *pozos artesanos* en la provincia de Alicante; ni que el *extracto de carne de Liebig*, ideado por el gran químico alemán, siga conociéndose entre las gentes de Andalucía por *extracto de carne de liebre*.

Por otra parte, como casi todas las adquisiciones filológicas se hacen ahora más por la escritura que por la pronunciación, pues de ordinario las recibimos por los libros, los periódicos y las facturas de los comerciantes, y rara vez por la voz de los que las inventaron ó aplicaron, las leyes de la corrupción vulgar tienen rara ocasión de manifestarse. Además, si se trata de términos científicos, hay ventaja en conservarlos con la forma en que aparecieron, pues así se tiende á la universalidad del lenguaje y se facilita la comunicación de ideas entre los pueblos; aspiración general justificada por los Congresos internacionales, donde los representantes de las naciones civilizadas han acordado la unificación de los pesos y medidas; de la hora; de los impuestos y servicios de correos, telégrafos y ferrocarriles; de las nomenclaturas geográficas y geológicas, etc., etc.,

lo cual debe atribuirse á que los hombres, mejor que grupos étnicos, forman, según su profesión, vida y cultura, agrupaciones apropiadas á la universal comunidad de intereses. El geólogo español tiene que entenderse con sus colegas de Europa, América y Asia; el matemático francés vive en relación seguida con los profesores ingleses, alemanes, suecos, rusos é italianos; el negociante de cualquier país quiere saber con exactitud las vicisitudes del comercio del mundo entero, y sería absurdo, por sostener cierta idea de pureza en las lenguas, oponer obstáculos al empleo de términos que son propiedad común de cuantos se dedican á asuntos de índole parecida ó consagran los esfuerzos de su mente á idéntico género de investigaciones.

La adopción, pues, de voces extranjeras para designar ideas y objetos exóticos, se justifica con sólo pensar en lo que esto facilita el trato y comunicación de distintas y apartadas naciones, siendo suficiente que la naturalización se haga con inteligencia y sin las deformaciones ó torpezas que frecuentemente ocurren y dejamos anotadas; yaun tratándose del lenguaje vulgar, sería perjudicial é inútil tarea condenar radicalmente el neologismo, ya que el significado de las palabras se transforma sin cesar, y, al aplicar nuevas acepciones, sabios é ignorantes, aristócratas y plebeyos, escritores y artistas, ingenieros y operarios, todos trabajamos en el vocabulario del porvenir, sin que la variación léxica tenga más límite que la necesidad de permanecer los vocablos antiguos y los modernos con acepción bastante clara para que no se borre en ellos el pensamiento de nuestros antecesores, ni se dude acerca del que haya guiado á las innovaciones.

Pero cuando llega el caso de los cambios en el lenguaje, es preciso no admitirlos sin razón, siendo indispensable autorización competente, conforme opina Adolfo Noreen, sabio Catedrático de la Universidad de Upsal, en su obra *Om Sprakricktighet* (Sobre la pureza del lenguaje), dada á luz en 1888, donde afirma que no puede ser juez en este punto el historiador de una lengua que sólo se ocupa en el pasado de ella; ni el lingüista, que tiene el cargo de investigar las leyes del lenguaje, pero no de dictarlas; ni el gramático, que sólo aprecia la manera del empleo léxico; ni menos, naturalmente, los malos escritores ó el vulgo indocto, y que sólo corresponde la autoridad á los literatos cultos y poetas verdaderos, capaces de crear formas que más tarde usará la comunidad de los hombres para vestir sus pensamientos con el traje que otros idearon, pues realmente el pueblo, por propio impulso, escaso tributo puede actualmente rendir al desarrollo de la lengua, y aun para esto poco sigue el camino trazado por los maestros, siempre que el procedimiento por ellos aplicado no se aparte de la índole del idioma.

La idea de que la corrección de las lenguas se debe á la sociedad más culta y á los escritores más conspicuos, está hoy generalmente admitida, aun cuando encuentre contradictores que, tomando al pie de la letra los preceptos de Horacio, consideran al vulgo como verdadero dueño del lenguaje, cuando es sólo y por instinto esclavo obediente y sumiso á la labor lexicográfica de quienes saben más y mejor que él. Cuando consignó Varrón (1)

(1) *De lingua latina*, lib. IX, cap. VI.

que el pueblo era el verdadero soberano en esa materia, no estimaba que pueblo y vulgo fuese la misma cosa; ni tampoco debía entenderlo de otro modo Platón cuando decía: «Ciertamente que para el bien hablar la multitud es excelente maestro, y es muy justo que se elogie su enseñanza (1).» Pero lo que sí debe tenerse por cierto es que el sufragio universal ha existido siempre en las lenguas, y que el uso de la mayoría se ha impuesto tiránicamente, aun cuando no nos cansaremos de repetir que el mismo uso varía continua é indefinidamente, realizando el dicho latino *Consuetudo loquendi in motu est*; y esto lo mismo en la sintaxis y las formas gramaticales que en la fonética y el léxico.

Mas de todas estas variaciones, ahora sólo nos interesa la última, es decir, el estudio de las fases que presenta la formación de los neologismos. Manantial principal, y sin duda el más copioso para la producción de voces nuevas en una lengua, es la lengua misma, que allí es donde siempre acude el común de las gentes para satisfacer sus necesidades lexicológicas, y por esto dice Baralt en su *Diccionario de galicismos*: «Formar un término que hace falta en la lengua, siguiendo la analogía de ésta, y utilizando para ello el caudal de sus voces conocidas, tengo para mí ser acción meritoria que enriquece y perfecciona el habla, dando á sus raíces un número cada vez mayor de derivados y compuestos.»

En este camino de formación de nuevos vocablos el criterio ó instinto popular rara vez se equivoca, adoptan-

(1) Τούτου μὲν (τοῦ ἐλληγνίζειν) ἀγαθοὶ διδάσκαλοι οἱ πολλοὶ καὶ δικαίως ἐπαινοῦντ' ἂν αὐτῶν εἰς διδασκαλίαν (Alcibiades, I).



do con frecuencia expresiones que acertadamente corrigieron aquello en que sabios maestros claudicaron; y cuando la voz nueva viene á expresar fielmente cualquier idea reciente, no cabe dudar de que enriquece al capital lexicográfico, como también se acrecienta con el eufemismo, que sustituye una palabra torpe, ó con una corrección fonética, que reemplaza una acepción hasta la fecha mal acentuada.

Las mudanzas ó cambios que por este camino ha experimentado la Lengua castellana, pueden clasificarse en tres series distintas, bien perceptibles á poco que se comparen los Diccionarios del siglo xvi con el Léxico vigente. Palabras que se usaban entonces, y ahora no se emplean; palabras que actualmente corren, y antes no se conocían, y, por último, voces que han cambiado de significación ó de forma; siendo de advertir que, si á pesar de estas alteraciones, el caudal de una y otra época no aparece muy distinto, es porque con lo nuevo y corriente se ha sustituido lo anticuado y fuera de uso.

Nuestros clásicos, y especialmente los cultivadores del estilo familiar y burlesco, llenaron sus escritos de voces nuevas, derivadas de las existentes en el lenguaje común; usaron con frecuencia de los participios de presente, ahora en completo olvido, y, sobre todo, introdujeron compuestos tan gráficos como naturales, y á su vez los autores de obras graves abusaron de los latinismos, llenando los escritos de frases y voces, muchas de las cuales el tiempo ha conseguido naturalizar entre nosotros. En la época del culteranismo, á un aluvión de palabras tomadas del latín se añadieron otras de origen griego, lo cual coincidía con el afán de desterrar del es-

pañol todo lo que tuviera origen arábigo, que algunos autores trataron de arrancar de cuajo de nuestra lengua, como los alemanes han pretendido hacer del francés, no comprendiendo en su intolerancia que con ello mucho más se perdía que se ganaba. El Dr. Villalobos, en sus *Problemas*, motejaba á los toledanos, que no sin razón se consideraban como los maestros en el habla de Castilla, de «que la ensuciaban y ofuscaban en su polidez y brío con frases y vocablos moriscos,» y Núñez de Velasco, en sus *Diálogos de contentación*, escribía: «Y pienso que sería acertado, pues la infiel y bárbara nación árabe se ha expelido de España, raer y cancelar de todo punto su memoria excluyendo de entre nosotros todos los vocablos que de aquella gente se han recibido.»

Ardua empresa sería averiguar las causas del lamentable retroceso que sufriera el castellano apenas alcanzada la cumbre de su gloria; pero, en términos generales, bien puede asegurarse que más que el inmoderado afán de novedades exóticas de género erudito, contribuyó á ello la ley general de que el engrandecimiento ó la decadencia de las lenguas corren parejas con el brillo ó la humillación de los Estados, según lo confirma la experiencia de todos los siglos, y como el maestro Nebrija lo expresaba diciendo: «Cuando pongo delante los ojos la antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación é memoria quedaron escritas, una cosa hallo, é saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fué compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron é florecieron, é después junta fué la caída de entrambos.»

Sin embargo, el prurito de brillar y sobresalir indujo

á los cultiparlistas á buscar en la novedad el modo de singularizarse; deseo que, si bien con moderación y cuidado, dominaba ya antes de empezar el siglo xvii en casi todos los escritores españoles, comenzando por los más conspicuos y renombrados. Martínez Marina, abundando en esta idea, dice en su *Ensayo histórico-crítico sobre el origen y progreso de las lenguas*: «Permítaseme decir lo que ninguno ha dicho tan claramente hasta ahora: los primeros que se señalaron en los vicios de preferir su gusto é ingenio á las reglas y modelos del lenguaje, fueron los insignes Mariana y Cervantes. ¡Qué nuevo y extraño el modo de hablar del primero! ¿En qué se parece al de nuestros antiguos escritores castellanos? ¡Cuán afectado el estilo, artificiosas las arengas, estudiados los períodos, las palabras y la colocación de ellas! ¡Qué sembrado de arcaísmos todo su lenguaje, viva expresión y como pintura del de Cornelio Tácito, que con tanta dificultad se acomoda y ajusta al de nuestro fluido castellano! ¡Pues y Cervantes cuánto ha latinizado en la *Galatea*! ¡Qué giro y estilo tan inverso, y aun obscuro y revesado en *Persiles*! ¡Cuántas faltas de Gramática en el *Quijote*, y qué de frases y voces nuevas, unas forjadas en su fecunda imaginación, y otras tomadas del idioma latino!»

Después de expresar el Sr. Martínez Marina que no intentaba con lo dicho desacreditar á tan célebres autores, cuya fama, añadían, dura hasta el fin de los siglos, hace, no obstante, constar que con semejantes ejemplos se abrió ancho camino á los escritores subsiguientes para que el lenguaje se hinchase y desfigurase, y lleno de extravagancias, corriese á la corrupción, al amaneramiento y á la barbarie.

Llegó así la época en que las medianías, exagerando los atrevimientos de los maestros, tenían á gala introducir en montón voces nuevas y exóticas para nuestro idioma; manía que justamente ridiculizaba Juan de la Cueva, diciendo en su *Arte poética española*:

De dos archipoetas conocidos  
 Una murmuración oí discreta,  
 Porque usaban vocablos escondidos:  
*Schopetum* llamaban la escopeta;  
*Estapeda* nombraban al estribo;  
*Famelica curatrix* á la dieta;  
 Al maldiciente dícenle *cancivo*;  
 A la casa común de la vil gente,  
*Público alojamiento del festivo*;  
*Carnes privium* llamaban comunmente  
 A las Carnestolendas, y así usaban  
 De aquesta afectación impertinente.

Mas si es cierto que tan grandes poetas como Lope de Vega, Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Pérez de Montalbán y multitud de escritores de menos valer, propendieron con exceso á los neologismos, por lo que muchos de los que introdujeron se han perdido, buena parte ha subsistido por la oportunidad de su empleo, la importancia de su significado y las necesidades de los tiempos, con que no sólo han variado los oficios y se han mudado los instrumentos de las artes y de la industria, sino que hasta han cambiado las costumbres, usos é instituciones.

El interesante libro que, con el título *Lengua española en el siglo de oro de su literatura*, ha publicado hace pocos meses en Zaragoza D. Tomás Ximénez de Embún,

comprende las voces con que en los siglos xvi y xvii se denominaban muchos oficios, desde el de la realeza hasta los de los empleados que ahora llamamos meritorios, y entonces se decían entretenidos; la organización de la milicia; los nombres de los disparos de las armas, con sus clases, antes y al tiempo de la invención de la pólvora; los términos de la arquitectura militar; los del arte de la navegación y métodos ó escuelas de cabalgar; los vocablos de esgrima, cetrería y montería; los propios de la educación y buena crianza; los del menaje ó ajuar casero; los de trajes de hombres y mujeres; la denominación comercial de telas ó tejidos; la nomenclatura de las artes cisoria y culinaria; de los juegos y danzas; de los corrales ó teatros; de las lidias de toros, justas y torneos, y, por fin, de las artes mecánicas y liberales y de los que las profesaban en sus varios ramos, cuando los artesanos no pensaban en tomar el nombre de *artistas* con que hoy se ufanan.

Fácil es ver, comparando los antecedentes recopilados por el Sr. Embún con las denominaciones ahora corrientes, cómo han cambiado las palabras y las acepciones, y con qué vigor el neologismo ha penetrado al fin por todas partes dentro de la Lengua castellana.

El Sr. D. Baldomero Rivodó, en una obra que titula *Voces nuevas de la lengua española*, estudia detenidamente la manera como se han formado y forman los neologismos, y analiza las distintas clases de vocablos nuevamente constituidos, ya por derivación y composición de los antes usados, ya creando aumentativos y diminutivos, ora empleando los participios activos, ora rehabilitando y rectificando voces anticuadas, ó, por fin, acep-

tando provincialismos y voces extranjeras. En ese libro, como en las demás obras suyas, se ve la propensión decidida del autor á aumentar la lengua castellana, más que con derivaciones y composiciones de los elementos del idioma patrio, con adiciones de voces peregrinas, necesarias en unos casos, pero no en otros, aun cuando lo defienda como ventajoso, para que las nuevas diccionnes sirvan como sinónimos, ó mejor, para conseguir matices de significación, pues, según él, nunca hay sinonimia completa entre voces análogas de distintos idiomas, ya que debe atenderse, más que al significado exacto, á las aplicaciones especiales que se hagan con las palabras. Sin embargo de esto, el Sr. Rivodó manifiesta que «debe cuidarse de no incurrir en el vicio de aceptar á ciegas cuantas innovaciones se presenten al paso, pues en esto, como en todo, es necesario guardar justo medio entre los extremos.» A este propósito, años antes había expuesto con gran tino D. Vicente Salvá: «Dos vicios deben huirse igualmente en toda lengua viva: incurren en el uno los que están tan aferrados á los escritores clásicos, que no creen pura y castiza una voz si no está autorizada en ellos; y el otro, que es el más frecuente, consiste en adoptar sin discreción nuevos giros y nuevas voces..... Para hablar con acierto el castellano, conviene evitar uno y otro escollo.»

No hay duda de que durante algún tiempo la oposición de los puristas ha sido extrema, y con ello más ha perdido que ganado nuestra lengua; pero hoy las corrientes son contrarias, el neologismo encuentra escasa resistencia en su camino, y como justificantes del cambio de opinión que en el particular se ha realizado, nada

hallo más oportuno que reproducir algunas frases consignadas respecto al asunto en los prólogos de las distintas ediciones del *Diccionario* de nuestra Academia, que á pesar de su deber excepcional en conservar y guardar el idioma, poco á poco se ha visto arrastrada por la corriente y ha tenido que ceder ante la fuerza de los hechos.

Cuando en 1726 se publicó el primer tomo del *Léxico*, que se denomina de Autoridades, se decía: «En este *Diccionario* se ponen generalmente todas las voces de la lengua, con algunas pertenecientes á las artes y ciencias, para que con su noticia se pueda saber su significado en la proporción correspondiente.» Y cuando en 1770 se dió á luz la segunda edición del dicho primer tomo, se escribió: «De voces de ciencias, artes y oficios sólo se ponen aquéllas que están recibidas en el uso común de la lengua, porque éste no es un *Diccionario* universal, y no deben entrar en él las palabras que no han salido del uso peculiar de los profesores.»

Más de medio siglo pasó sin que en el *Diccionario* se hiciese referencia al asunto, hasta que en 1822 manifestó la Academia que en aquella edición, la sexta, había añadido «las voces que, autorizadas por los escritores sabios y por el uso, se han fijado ya en la lengua castellana.» Y diez años más tarde, decía al presentar al público un nuevo léxico: «Como no falta quien acuse de escasez al *Diccionario* académico, echando menos en él vocablos que en su concepto debieran incluirse, la Academia tiene por conveniente advertir ahora que siempre ha procedido con suma circunspección en dar lugar á voces que no le han tenido anteriormente, y que, lejos

de adoptar fácilmente y sin mucho examen palabras y locuciones nuevas, ha desechado todas las que no se hallan autorizadas por el ejemplo de nuestros escritores clásicos ó por el uso claramente reconocido como general y constante. Así que ha excluído los nombres caprichosos y peregrinos de trajes y modas que hoy se emplean y mañana desaparecen para no volver á oírse nunca, y, por igual razón, ha excluído infinitas voces técnicas de ciencias, artes y oficios que no pertenecen al lenguaje común, único objeto del *Diccionario*.»

En 1837 se dijo al frente de la octava edición: «Habiéndose aumentado desmedidamente la nomenclatura de origen griego, aplicada, no sólo á varias ciencias, sino á los diversos ramos que comprende cada una, acuden los curiosos al *Diccionario* en busca de los nombres de aquella procedencia, y no hallándolos en él, lo acusan de pobre y diminuto. La Academia se ve, por tanto, en la precisión de advertir que tales nombres pertenecen menos al caudal de los idiomas vulgares que al lenguaje técnico y peculiar de las ciencias á que se refieren, y, por lo mismo, no se juzga autorizada para darles lugar en su *Diccionario* hasta tanto que el transcurso del tiempo los haga familiares y el uso común los adopte y prohija.»

Mucho más interesante, es lo que la misma Academia estampaba en 1843 al publicar la novena edición, pues claramente manifestaba la resistencia que seguía oponiendo á la admisión en el *Léxico* de voces nuevas ó privativas en su origen de las ciencias y de las artes. «La tarea, decía, es de suyo interminable por las novedades continuas que introduce el uso en los idiomas, ya pro-

hijando voces nuevas, ya dando á las conocidas acepciones desusadas, ya desnaturalizando de todo punto la significación privativa de algunas, ya arrinconando como inútiles y anticuadas las que pocos años antes eran de uso corriente. Para haber de deslindar en esta incesante fluctuación las palabras que deben considerarse como dignas de aumentar el caudal del habla castellana de las intrusas y desautorizadas, cuya inundación nunca fué mayor que en nuestros días, es preciso consultar muchas obras, extractar y comparar autoridades, investigar etimologías, meditar y pesar desapasionadamente los reparos de la crítica y observar en todas sus clases la tendencia de nuestra sociedad en orden á adoptar tales voces ó locuciones; ver si la adopción es constante y sostenida, ó sólo temporal y transitoria; si el nuevo vocablo se admite en toda su desnudez extranjera, ó se halla castellanizado por medio de alguna desinencia ú otra alteración más análoga al genio de nuestra lengua, y, por fin, si el uso tiene en su favor el sello de una razonable antigüedad que justifique y afiance la admisión..... Hay quien echa de menos en el *Diccionario de la Lengua castellana* la multitud de términos facultativos pertenecientes á las artes y las ciencias, de los cuales sólo debe admitir aquéllos que, saliendo de la esfera especial á que pertenecen, han llegado á vulgarizarse y se emplean sin afectación en conversaciones y escritos sobre diferente materia. Cree la Academia no haber omitido ninguno de los que se hallan en este caso, y cree igualmente que lejos de merecer reconvenciones por no haber aceptado otros que no han pasado al lenguaje social, las merece por haber dado entrada en su *Diccionario* á mu-

chos vocablos técnicos de náutica, de blasón, de esgrima, etc., que no debieran estar en él, y sólo conserva por respeto á su posesión y á la memoria de nuestros predecesores. Además, hay en el lenguaje social voces de uso corriente que, por designar objetos frívolos, transitorios y casi siempre de origen y estructura extranjera, no deben tener entrada en el *Diccionario* de una lengua, y hay también una inmensa nomenclatura de las ciencias, artes y profesiones, cuyo significado deben buscar los curiosos en los vocabularios particulares de las mismas: tales voces pertenecen á todos los idiomas y á ninguno de ellos; y si hubieran de formar parte del *Diccionario* de la lengua común, lejos de ser éste un libro manual, sería una obra voluminosa en demasía, semi-enciclopédica y de difícil adquisición y manejo. Si el naturalista se quejase de no encontrar en él las voces todas con que de día en día se va aumentando el caudal de su profesión predilecta, con igual motivo se quejarían el astrónomo, el químico, el anatómico, el farmacéutico, el veterinario, y, en suma, los aficionados á cuantos ramos del saber componen hoy el inmenso tesoro de los conocimientos humanos. No obstante, el estado de civilización universal y el comercio recíproco de todas las profesiones introducen en el lenguaje común frases y vocablos técnicos de las mismas, los cuales, saliendo de los límites de las ciencias y artes á que corresponden, enriquecen el idioma general, y ora en sentido recto, ora en el metafórico y figurado, se repiten en la conversación, se encuentran en los libros y llegan á ser de uso tan vulgar, que todas las personas de alguna cultura los aprenden y emplean, aun cuando no hayan sa-

ludado la ciencia á que debieron su origen. Estos son los que el *Diccionario* no puede menos de admitir, considerándolos ya incorporados en el idioma general, del mismo modo que aumentan el caudal de un río los arroyuelos que recoge; por lo cual la Academia dedica su continua observación á conocerlos y clasificarlos, pues no tiene, ni presume tener, otra autoridad ni otro oficio que ir notando gradualmente los progresos de la lengua; apuntando, como un cronista, las innovaciones que introduce y generaliza el uso de las gentes instruídas, y en particular el de los escritores que procuran explicarse con propiedad y pureza. Cuando en una obra histórica, en una disertación legal, en una novela, en una arenga parlamentaria, en un tratado de economía ó de materias filosóficas ó morales, se emplean oportunamente los términos anatómicos *tráquea, pulmón, espina dorsal*; ó bien las voces *radio, diámetro ó circunferencia*, propias de la Geometría; ó se habla del *cáliz* de una flor, ó se nombra la *jarcia*, la *quilla* ó la *proa* de un navío, nadie tachará el uso de tales palabras, supuesta la conveniencia de su aplicación. Pero ¿quién no se burlaría del que en semejantes escritos sacase á colación el *coccix*, ó las *vértebras cervicales*; los *catetos*, ó la *cicloide*, ó bien el *tallo de los monocotiledones*, ó el *cáliz de cuatro lacinias*? Tales vocablos son tan desconocidos para la generalidad de las gentes, que no pueden salir de las obras técnicas á que pertenecen, y en ellas es donde deben buscar los curiosos su significación. Tal vez llegará tiempo en que se hagan familiares y el uso común las prohije; entonces tendrán derecho á entrar en el *Diccionario*, y podrá cualquiera servirse de ellos

en la conversación y en sus escritos sin nota de afectación ó pedantería.»

Lo que suponía la Academia que pudiera ocurrir con el tiempo para las palabras por ella citadas, se ha realizado en menos de ocho lustros, y hoy figuran todas ellas en el léxico nacional, siguiendo la tendencia que se señaló pronto, y que sin duda obligaba en 1852 á escribir en el prólogo de la décima edición: «El mayor número de vocablos ahora agregados procede, ya de las novedades que se han ido experimentando en todos los ramos de la administración pública por consecuencia de las actuales instituciones políticas, ya del rápido vuelo que á su sombra tutelar han tomado las artes, el comercio y la industria. No faltará, sin embargo, quien todavía eche de menos en esta edición algunas voces novísimas; pero las ha excluído de propósito la Academia, bien por demasiado técnicas, bien porque, apenas empleadas por algunos escritores, han caído en completo desuso.»

En 1869, con la undécima edición, se dijo más decididamente: «Atenta la Academia á las observaciones que se le han dirigido, pero más atenta todavía á las bases fundamentales sobre que descansa el inventario razonado de una lengua, ha seguido en la presente edición de su *Diccionario* el movimiento progresivo que en todo idioma necesariamente se verifica; pero sus pasos han sido lentos y mesurados: que no de otra suerte se conserva la integridad de las lenguas cultas y se asegura el acierto de su natural desenvolvimiento. Así es que, desatendiendo el vulgar clamoreo de los que miden la riqueza de una lengua por el número de vocablos, sean ó no necesarios, estén ó no lógicamente formados, ofrezcan ó no prendas

de duración, se ha mantenido firme en su decisión de no sancionar más palabras nuevas que las indispensables, de recta formación, ó incorporadas al castellano por el uso de las personas doctas.»

Cada vez mayor la corriente de los neologismos, llegó á ser irresistible; y al imprimirse en 1884 la duodécima edición, última que se ha publicado, abandonando la Academia los antiguos prejuicios, exponía con gran cordura: «Es novedad en esta edición el considerable aumento de palabras técnicas con que se ha enriquecido. Por la difusión, mayor cada día, de los conocimientos más elevados, y porque las bellas letras contemporáneas propenden á ostentar erudición científica en símiles, metáforas y todo género de figuras, se emplean hoy á menudo palabras técnicas en el habla común. Tal consideración, la de que en este léxico había ya términos de nomenclaturas especiales, y las reiteradas instancias de la opinión pública, lograron que la Academia resolviese aumentar con palabras de semejante índole su *Diccionario*, aunque sin proponerse darle carácter enciclopédico ni acoger en él todos los tecnicismos completos de artes y ciencias. Algunos hay que no ofrecen señales inequívocas de duración, y raro es aquél en que no abundan las dicciones híbridas, ó por diverso concepto impuras, á que no conviene dar cabida en el vocabulario de la Academia, la cual, decidida á cumplir su espinoso intento con arbitrio discrecional, ha elegido, de entre innumerables términos técnicos, los que tienen en su abono pertenecer á las ciencias y á las artes de más general aplicación, haber echado hondas raíces en tecnologías permanentes, y estar bien formados ó ser de ilus-

tre abolengo, como nacidos del griego ó del latín. Varias de las palabras admitidas recientemente en el lenguaje literario y vulgar, son neologismos que se han creído necesarios para designar cosas faltas de denominación castiza, ó que por su frecuente y universal empleo ejercían ya en nuestra lengua dominio incontestable. A los que hoy la afean y corrompen sin fundado motivo, ni siquiera leve pretexto, no se ha dado aún carta de naturaleza. La Academia no puede sancionar el uso ilegítimo, sino cediendo á fuerza mayor.»

Resulta de todo como indudable que la Academia tiende en los últimos tiempos á conformar el lenguaje científico con el castizo, dando así satisfacción en lo posible á los que desean y creen indispensable el uso de voces y giros antes no empleados, sin que por esto se haya de cambiar el carácter y pureza de la lengua patria hasta el punto que algunos pretenden, y con que resultarían ininteligibles las obras clásicas, manifestación verdadera de la riqueza y vigor del castellano. Siguiendo el camino emprendido, dentro de poco tiempo nuestro *Diccionario* estará á la cabeza del movimiento lexicográfico moderno, y las voces que sean indispensables para expresar las necesidades progresivas de las ciencias y de las costumbres quedarán aceptadas, con toda la autoridad y prestigio necesarios, sin que nadie pueda pensar siquiera si los fundamentos ó desarrollo del saber son incompatibles con las palabras castellanas, ó lo que es igual, si la lengua patria es impotente para servir á los descubrimientos modernos, sin antagonismo entre los fieles guardadores del idioma y los hombres dedicados al estudio de las verdades y leyes naturales.

Tanto más debe esto suceder, cuanto que no puede olvidarse que en el catálogo de voces castellanas indispensables para las ciencias, hay multitud de vocablos perfectamente formados, con ilustre abolengo: unos como nacidos en Grecia, otros como formados en las escuelas de los árabes españoles y muchos procedentes de la lengua latina, madre fecunda de la nuestra. Y es claro que, al pedir la adopción de voces supletorias en nuestro *Diccionario*, no se trata de aquellos vocablos dudosos, tomados de otros idiomas vivos, con que se ofende la eufonía y genio del nuestro, sino que se pretende que el léxico nacional no sea un catálogo de arcaísmos, representantes de la ciencia en pasado tan remoto, que sólo sirva para entender libros elaborados en alguna celda de convento, cuando, con el nombre de *obras científicas*, se daban únicamente conjuntos de sutilezas de ingenio y entretenimientos curiosos de ninguna utilidad al presente.

Es, pues, bien seguro que con la próxima edición del *Diccionario* el número de voces consideradas hasta ahora como exclusivamente técnicas pasarán al lenguaje común con la autorización debida, y con ello, á mi modo de ver, ganará el castellano en capital circulante, que si no siempre estará representado en monedas de oro, por lo menos serán de buen metal, con cuño corriente y de estimación para los cambios.

El insigne maestro D. Juan Valera, en sus *Cartas americanas*, al hacer el juicio crítico del *Vocabulario Rioplatense*, de D. Daniel Granada, dice, refiriéndose á los neologismos: «Nada hay más borroso é inseguro que los límites entre lo vulgar y lo técnico ó científico de las

palabras. Cada día, á compás que se difunde la cultura, entran en el uso familiar, general y diario centenares de vocablos que antes empleaban sólo los sabios, los peritos ó los maestros en los oficios, ciencias y artes, á que las voces pertenecen. De aquí que todo *Diccionario* de la lengua de cualquier pueblo civilizado, sin ser y sin pretender ser enciclopédico, vaya incluyendo en su caudal mayor número de palabras técnicas, sabias ó como quieran llamarse. Pero aun así, importa poner raya á esto, aunque sea vaga y no muy determinante. Los indicios nos pueden servir de guía. Por muy patriotas que seamos, no es dable que nos figuremos que somos un pueblo más docto en este siglo que el pueblo inglés ó el francés. Nuestro *Diccionario* de la lengua vulgar no debe, pues, sin presumir de soberbia, incluir más palabras técnicas que los *Diccionarios* de Webster y de Littré, pongo por caso. Pero hay otro indicio más seguro. Consiste en citar uno ó más textos en que esté empleado el vocablo que se quiera incluir en el *Diccionario*, por autores discretos y juiciosos que no escriban obra didáctica. En virtud de estos textos, es lícito inferir que es de uso corriente el nuevo vocablo, y debe añadirse al inventario de la riqueza léxica del idioma, y aun á veces, si es tal la evidencia del uso, la autoridad ó los textos pueden suprimirse.»

No hay, pues, duda alguna: el neologismo técnico, que se ha impuesto siempre, se impone hoy; pero el vulgo, como si pretendiera vengarse del poder de los sabios, con suma frecuencia transforma y trastrueca de tal modo los vocablos nuevos, que resultan ininteligibles para la etimología, aunque á menudo cambiados con agude-

za verdadera. Muchos nombres geográficos son ejemplo de las transformaciones que hace el común de las gentes para dar á vocablos que desconoce explicación clara y popular; y entre tantos casos como pudieran citarse, recorriendo detenidamente la nomenclatura de nuestra Península, no puedo resistir al deseo de señalar algunos que me parecen muy notables. Del árabe الغابة, *algaba*, la selva, ha resultado el español *Alcoba*, en la Mancha; las *Turres Augusti*, de Pomponio Mela, junto á Puente Cesures, en Galicia, se convirtieron en *Castellum Honesti* en la Edad Media, y hoy son las Torres de Oeste; de *Mellaria*, que condujo primero á *Abejuna*, se ha formado *Fuenteovejuna*; de *Solis Lucus*, Sanlúcar; de *Aurelia*, Oreja; de *Pons curvus*, Pancorbo; y, por fin, sabido es que el nombre de la ciudad de León se ha derivado de *Legio*, aludiendo á la llamada *VII Gemina, Pia, Felix*, siendo bien curioso que los leones del escudo español tengan origen de base filológica tan deleznable.

En palabras de uso común hay también transformaciones muy peregrinas: *Revalenta*, que parece venir de *revalescere*, es una sencilla metátesis del plural de *Ervum Lens*, nombre científico de las lentejas; de *olla poderida* ó *poderosa*, ha resultado *Olla podrida*; la variedad de manzanilla, cuyo nombre griego Καμαμύρηλον está formado con Καμαμύ, tumbado en tierra, y μήλον, manzana, se denomina por el vulgo *camamirla*; en varias partes de España conocen el anís con el nombre de *Matalauva*, corrupción del árabe حبة حلبة, *habbat-halua*, que quiere decir semilla dulce; dase en Madrid el nombre de *Inclusa* á la casa de niños expósitos, porque en el siglo xvi, al fundarse el establecimiento, se adornó el portal con

la imagen de una Virgen, traída á España desde una isla de Holanda, llamada en francés l'Ecluse; las *Veneras* de las Ordenes militares son las conchas de la esclavina de los antiguos peregrinos procedentes del *Pecten veneris*, y *Naipe* tiene su etimología en las iniciales de *Nicolás Pepín*, primer fabricante de cartas de jugar en España.

Sin padecer semejantes variaciones, los neologismos suelen aceptarse con facilidad, y muchas veces sin entender su verdadero significado. ¿Quién se atrevería á hablar de las *orquídeas* en una sociedad de personas graves, si se tradujese su nombre griego al castellano? ¿Qué médico recetaría *salep* á una señorita convaleciente, si por todos fuese conocido el valor original en árabe de aquel vocablo? Ignoran la mayor parte de los músicos que *pentagrama* sólo quiere decir cinco rayas; desconocen los *fotógrafos* que graban con luz, y los *telegrafistas* que escriben desde lejos; no saben las *telefonistas* que por su nombre han de oír á gran distancia; ni recuerdan muchos *aristócratas* que han de ser los mejores entre cuantos obtienen el poder; *cirujanos* hay que desprecian el trabajo manual; *demagogos* que nunca conducen al pueblo; como olvidan los *electricistas* el ámbar á que deben su nombre; no piensan los *gimnastas* en la desnudez; ni los *histéricos* en la matriz; contándose muchos *prébitas* que nada tienen de viejos y *miopes* que no guiñan los ojos.

También los neologismos suelen imponerse por moda, que, como en todo, influye en el lenguaje y reemplaza caprichosamente unas palabras con otras, dando á éstas acepciones de que antes carecían. Hoy al administrador se le llama *apoderado*; al artesano, *artista*, y al boti-

cario, *farmacéutico*; el corredor de lonja es *agente de bolsa*; el carcelero, *director de un penal*; el escribano, *notario*; el farsante, *actor*; el golilla, *magistrado*; el hortera, *dependiente de comercio*; el maestro de escuela, *profesor de instrucción primaria*; el mercader, *comerciante*; el mo-jón, *catador de vinos*; el sacramantas, *comisionado de apremios*; el sacamuelas, *dentista*; el tagarote ó tambor, *oficial de notario*, y el vocero, *abogado*. Del mismo modo la botillería se ha convertido en *café*; la fonda, en *hotel*; el figón, en *restaurant*; la hostería, en *fonda*; la taberna, en *despacho de vinos*; y en *almacén de ultramarinos*, la tienda de aceite, vinagre y comestibles que no han pasado la mar.

Por otra parte, volviendo á los verdaderos neologismos científicos, conviene recordar que de antiguo existe en las ciencias la costumbre de acudir para sus nomenclaturas á las lenguas latina y griega, sobre todo á la segunda, que por su carácter sintético se presta perfectamente para expresar ideas complejas con palabras únicas; á lo que debe agregarse la tendencia, dominante más y más cada día en los sabios y los inventores, á buscar nombres en las fuentes griegas, por perderse la costumbre de ser el latín el lenguaje universal de las ciencias. El procedimiento no es extraño, pues si la mayoría de nuestras antiguas voces técnicas se deben á los latinos, fueron tomadas por ellos del griego, como las palabras *aritmética*, *botánica*, *crítica*, *filosofía*, *teología*, etc., estando en igual caso los vocablos que designan muchas enfermedades, como *apoplegía*, *catarro*, *diarrea*, *erisipela*, *frenesí*, *gangrena*, *hidropesía*, *letargo*, *manía*, *oftalmía*, *pasmo*, *reuma*, *síncope*, *tifo*, etc., lo mismo que

puede decirse de multitud de nombres de hierbas, piedras y animales. También por medio de los latinos hemos recibido otras muchas voces griegas, ahora vulgares, como *agonía*, *bálsamo*, *cáliz*, *delfín*, *emplasto*, *fama*, *giro*, *harpía*, *idea*, *laberinto*, *máquina*, *nardo*, *órgano*, *piélago*, *rábano*, *sátira*, *teatro* y *zona*, por lo cual ha acoopiado el castellano suma no despreciable de palabras helénicas.

Pero todo esto, aunque mucho, es casi nada si se compara con la nomenclatura actual propia de los libros de matemáticas ó de las partes principales de la física y de la química, siendo seguro que sólo con los términos griegos de la Historia Natural, la Anatomía y la Medicina, se pudiera componer crecido vocabulario.

La adición de helenismos crece así rápidamente con los descubrimientos modernos; y si hoy recorremos nuestro propio léxico, aun cuando es esencialmente literario, y, como celoso conservador de la lengua castellana, refractario á las novedades inconsideradas, queda el ánimo sorprendido al advertir la cantidad existente de nombres con etimología directa del griego, hasta el punto de que por cierto debe tenerse que, á la vuelta de algunos años, los neologismos de esta clase habrán invadido terriblemente todo el *Diccionario* (1).

(1) En la última edición se han incluido sólo en la letra *A*, entre otras voces pertenecientes á la Medicina, las siguientes que se hallan en el caso á que nos referimos: *Acefalía*, *Acigos*, *Acleido*, *Acromial*, *Acromiano*, *Acrómico*, *Adenitis*, *Adenología*, *Adinamia*, *Afasia*, *Áfono*, *Alantoides*, *Albuminuria*, *Ambliopía*, *Amigdalitis*, *Amnios*, *Amniótico*, *Anafrodisia*, *Analéptico*, *Anastomosis*, *Anemia*, *Anémico*, *Anestesia*, *Anestésico*, *Antrax*, *Apepsia*, *Apirético*, *Apirexia*, *Apnea*, *Apoce-*

Esto tiene el inconveniente de que siendo el latín el fondo ó esencia de nuestra lengua, las voces griegas se nos presentan con morfología y fonética extrañas, que si el uso logra vencer y dominar, no es sin esfuerzos, que deben evitarse, por obedecer á la ley suprema de lograr el mayor trabajo con la menor resistencia posible; ley que actúa en las lenguas lo mismo que en mecánica.

Es preciso, por tanto, siempre que no sea indispensable para la ciencia la creación de un término nuevo, abstenerse de introducirlo, pues si los sinónimos pueden ser, y en realidad son, de verdadera utilidad para la elocuencia y la poesía, nada valen, antes son notoriamente perjudiciales, en lo técnico, donde la exactitud y precisión constituyen el mérito principal, de tal manera, que, alcanzado el signo representativo de la idea, cualquier otro término aplicado al caso vendrá á entorpecer lo que interesa aclarar.

Por esto, en posesión de la palabra *botánica*, ninguna falta nos hace la de *fitología*; *tecnología* no es necesaria en sustitución de nomenclatura; después de mineralogía sirve de estorbo *orictognosia*; pedante es decir *amigdalitis*, por anginas; *diaforesis*, por sudor; *enema*, por lavativa; *nosocomio*, por hospital; *pandiculación*, por desperezo; *tenesmo*, por pujo, y otra multitud de vocablos que los médicos de ahora se complacen en usar para asombro de clientes páparos. Otros neologismos de distinta procedencia son redundancias perjudiciales para el lenguaje

ma, Aponeurosis, Artrítico, Artritis, Artrografía, Artrología, Ascítico, Ascitis, Astenia, Asténico, Atavismo, Ataxia, Atáxico, Atrofia y Autoplastia.

vulgar, porque desvirtúan y condenan á injusto olvido voces castizas de antiguo conocidas. Tal sucede cuando los ingenieros mediocres y los eruditos á la violeta emplean las voces *artefacto*, por artificio; *bloque*, por canto (1); *comaltaje*, por correntía ó entarquinado; *croquis*, por apunte ó bosquejo; *drenaje*, por avenamiento ó palería; *etiqueta*, por marbete; *manivela*, por manubrio; *patín*, por rangua ó tejuelo; *pivote*, por gorrón; *rail*, por carril ó riel; *thalweg*, por vaguada; *turbera*, por turbal; *bilboquete*, por boliche; *calembour*, por retruécano; *crochet*, por malla; *esprit*, por agudeza; *excéntrico*, por extravagante; *fantasía*, por capricho; *guarda malleta*, por sobrepuerta; *lawn-tennis*, por juego del mallo; *misión*, por cometido; *mistificación*, por engaño, chasco, burla, falsificación; *portière*, por ante-puerta; *revancha*, por desquite; *sport*, por deporte, etc.

Mas como sea lo que quiera de estas invasiones y redundancias, no puede negarse que desde el renacimiento literario el griego es á manera de nexo común para los sabios de todo el mundo: á él se ha de acudir en todos

(1) El magnífico patio de los Reyes en el Monasterio del Escorial, debe su nombre á las seis grandes estatuas que representan otros tantos reyes de la tribu de Judá: tienen 17 pies de alto cada una y están labradas en piedra berroqueña, menos las cabezas, pies y manos, que son de mármol blanco, lo mismo que el San Lorenzo de la fachada exterior del edificio. Las siete fueron cortadas de un tormo que aún se ve en un prado del término de Peralejo, y que hace más de tres siglos tiene grabada la siguiente inscripción:

Seis reyes y un santo  
se sacaron de este *canto*,  
y quedó para otro tanto.

los casos en que haya necesidad de enriquecer un vocabulario; pero advirtiendo que preferencia semejante no será legítima y útil si no se cuida de emplear los vocablos tal como lo piden la analogía, la composición, la eufonía y el estudio de los elementos helénicos, pues de otro modo los neologismos resultarán tan absurdos, que causarán espanto á cuantos conozcan el léxico y la índole de la lengua griega, y podrá repetirse el caso, ya dado, de que siendo Grecia la que proporciona los elementos para las nuevas voces, éstas se entiendan, convencionalmente, en todas partes menos en el Archipiélago, allí donde á través de los siglos, y cada vez con más cuidado en los tiempos modernos, se conserva y restaura la lengua de Homero, de Platón, de Aristóteles, de Tolomeo y de Galeno.

Consideremos también que si de la lengua griega se derivan principalmente los neologismos técnicos, no es ella la única que proporciona vocablos á las ciencias, pues el latín contribuye al intento, como es natural por ser el verdadero fundamento de todos los idiomas neolatinos, en los cuales, como ya hemos dicho, muchos de los datos científicos, de que se han hecho y hacen variadas derivaciones, son debidos á los antiguos romanos. Por esto, siempre que las voces latinas sean suficientes para el objeto á que se destinan, deberán considerarse como más convenientes que las análogas griegas, pues por su forma y acentuación se comprenderán mejor y más pronto, y de ellas pueden hacerse sin esfuerzo deducciones filológicas sumamente necesarias en muchos casos.

Fuera también del griego están los términos propios, que transmiten de unos á otros países las facilidades,

cada día crecientes, para los viajes y para el cambio de producciones, y así resulta que en la Historia Natural, por ejemplo, para denominar muchos animales, plantas y minerales, se admiten en todas las lenguas los nombres mismos que tienen en las tierras donde se producen ó de donde proceden, pudiendo recordar, entre otras muchas voces comprendidas en el caso, las de *aguacate*, *alpaca*, *boa*, *caimán*, *copaquira*, *jicotea*, *papa*, *maíz*, *pepene*, *natrón*, *soroche*, *tacana*, *yuca*, *zapote*, etc.; procedimiento ciertamente preferible á dar nombres arbitrarios á los objetos de nueva importación, pues si no, el abuso pronto llega á justificar la frase de Kant, refiriéndose á los fitógrafos, de que «la Botánica es el arte de poner las plantas entre hojas de papel secante, é injuriarlas en griego y en latín.»

Téngase además en cuenta que, con los orígenes indicados como concurrentes para aumentar el caudal de los idiomas patrios, se suma en cada nación la facilidad de combinar voces de distintas procedencias, ó sólo del caudal indígena, para así designar objetos antes no conocidos ó ideas nuevamente desarrolladas. Ciertamente es que á menudo los vocablos originados por tal procedimiento, y á que se da el nombre de híbridos, á semejanza de lo que se hace en Historia Natural con los productos del cruce de dos especies distintas, son menos disculpables en las ciencias que en el lenguaje vulgar; pero en unas y en otras añaden nuevos materiales á los idiomas, y con el uso llegan á establecerse y adquirir ciudadanía, como lo justifican aun en las lenguas clásicas los abundantes ejemplos que existen de tales palabras híbridas; y por más que, como regla general, deban evitarse, ello es

que el uso las impone con fuerza incontrastable y así se han generalizado los barbarismos *alcalímetro*, *espectroscopio*, *mineralogía*, *pluviómetro*, etc.

Sirven también los nombres propios de los autores é inventores para formar palabras con que se designan objetos nuevos, y todos recordaremos en seguida como tales el *quinqué* y la *guillotina*; la *hortensia* y la *begonia*; el *galvanismo* y el *daguerreotipo*; el *macfarlán* y el *pelisier*; el *ros* y la *leopoldina*; el *tílburi*, la *victoria* y el *simón*, y todo esto sin contar con las sectas ó los partidos políticos, que toman el nombre del maestro ó jefe, como *calvinistas*, *krausistas*, *luteranos*, *molinistas*, *isabelinos*, *carlistas*, *sagastinos*, etc.

Resultan, pues, como fuentes del neologismo, las lenguas antiguas griega y latina, las modernas de los países más extraños, los vocablos compuestos y además los nombres de los inventores ó personas señaladas; y como de todo este conjunto de materiales hacen uso frecuente las ciencias para crear las nomenclaturas, se comprende bien que estimulan grandemente los estudios filológicos y contribuyen al concierto lexicográfico de las naciones, á medida que se desenvuelven los conocimientos y se multiplican sus aplicaciones.

Sentado que en la mayoría de los casos el griego es el fundamento de los neologismos científicos, las adquisiciones así conseguidas son las mismas á que se refería Horacio, diciendo:

Et nova, fictaque nuper, habebunt verba fidem, si  
Graeco fonte cadant, parce detorta (1).

(1) *Arte poética*, v. 52 y 53.

Mas ha de cumplirse el precepto en toda su integridad y evitar derivaciones absurdas como las que, entre otros muchos casos, han servido para la nomenclatura del sistema métrico de pesas y medidas. Repetidas veces se han criticado los barbarismos acumulados en los nombres de dicho sistema, y sin que tratemos ahora de insistir en tan justas observaciones, nos bastará recordar que las voces μέτρον, γραμμή y λίτρα, traducidas por *metro*, *gramo* y *litro*, para ser las unidades fundamentales de longitud, peso y volumen, significan, respectivamente, en griego medida, línea y libra, bien poco aplicables á los casos en que se han empleado. Partiendo de tan malas bases, resultan absurdos filológicos los nombres de la mayoría de las medidas múltiples del sistema, así como la designación de las submúltiplas son voces híbridas, todo lo que viene á demostrar el estado lamentable de los estudios clásicos á fines del siglo pasado y principios del actual (1).

Inútil parece recordar lo que ya pasó y que la costumbre ha sancionado; pero bueno será tenerlo presente á fin de evitar en lo sucesivo incoherencias é irregularidades análogas, sin perder de vista que los elementos constitutivos de las lenguas no son materia en que pueda cortarse y rajarse á capricho, sino que, como en cuerpos vivientes, es necesario respetar sus órganos y partes integrantes, si no se quiere que pierdan su esencia y significación.

(1) A los que quieran conocer la crítica completa de la nomenclatura métrica, recomendamos la lectura del Apéndice á la *Grammaire comparée*, de Egger, (octava edición: París, 1880), y el trabajo del mismo autor en la *Revue politique et littéraire* del 15 de Febrero de 1879.

De mal formadas ó de aplicación inadecuada á su recto significado, adolecen también otras muchas voces científicas antiguas y modernas admitidas como buenas por el uso, y entre las que, siguiendo á Egger, cita Escrich y Mieg en su *Filología técnica* (1); creo oportuno mencionar ahora como comprendidas en el caso: *anestésico*, por *anestético*, á semejanza de *paralítico*; *reómetro*, por *roómetro*; *sacarímetro*, por *sacarómetro*, como dicen los físicos griegos; *eoceno*, *oligoceno*, *mioceno* y *plioceno*, que expresando respectivamente aurora reciente, poco reciente, menos reciente y más reciente, sirven á los geólogos para señalar los tramos del terreno terciario, que pudieran haberse denominado fácilmente con más propiedad, y, por fin, aun cuando sea bien antigua la voz *geometría* para designar la ciencia de la extensión, realmente no significa sino *medición de la tierra*, por lo que hubiera estado mejor aplicada para expresar lo que hoy llamamos geodesia, pues el vocablo griego γεωδαισία vale rigurosamente *división de tierras*.

De temer es, sin embargo, la reincidencia en el mal, porque, desgraciadamente, en nuestras aulas las cuestiones de etimología, de semántica y de neología son casi peregrinas, lo cual, en la práctica, es verdaderamente más perjudicial para los alumnos que siguen las carreras científicas que para los dedicados á las literarias, pues el lenguaje de la Historia, del Derecho y aun el de la Filo-

(1) Este excelente trabajo, que se publicó en 1875 en el tomo VI de la *Revista de la Universidad de Madrid*, nos ha sido de gran provecho, y lo recomendamos con todo interés á los aficionados á los estudios filológicos.

sofía, está determinado por la autoridad de los maestros, mientras que las ciencias, por lo rápido de sus progresos, piden continuamente voces nuevas para expresar hechos nuevos y verdades ignoradas hasta el momento de que se trata. Los físicos, los químicos, los naturalistas, los matemáticos, tienen, en consecuencia, que emplear palabras de cuño reciente que se propaguen sin dificultad, siendo indispensable para ello conocer y aplicar con precisión las leyes etimológicas, y saber de ciencia propia si se deben aceptar voces ya formadas, modificarlas ó crear otras que puedan adoptarse universalmente, asuntos que en realidad tienen mucha más importancia de la que parece á primera vista.

Ha de observarse también que si las ciencias con sus neologismos tienden á constituir idioma universal, los vocablos no deben ni pueden ser idénticos para todos los pueblos, sino que, dadas las voces originales, en cada caso las terminaciones y la ortografía han de sujetarse al genio particular de los diversos idiomas. Así, por ejemplo, de las voces φυσική, φυσικός, los españoles hemos formado *física* y *físico*, mientras que los franceses dicen *physique* y *physicien*, los ingleses *physic* y *physician*, los alemanes *physik* y *physiker*, y los italianos *física* y *físico*, como nosotros. Y en estas palabras, aun cuando se ven claramente las identidades de origen, se señalan, sin embargo, las terminaciones, la ortografía y la prosodia propias de cada lengua distinta.

En castellano é italiano las alteraciones ortográficas se acentúan tanto, que llegan en muchos casos á desfigurarse por completo la morfología de la voz original, porque en ambas lenguas sólo se atiende, por lo general, á

reproducir el sonido de las palabras primitivas, mientras que los ingleses y franceses escriben sus voces técnicas con mayor exactitud y seguridad, pero con mayor confusión para el lector, por no separarse de las formas originales, y como nosotros las olvidamos, si hemos de evitar dudas acerca de la manera de escribir y pronunciar en lo futuro las voces científicas, convendrá atendernos á ciertas condiciones que sirvan como reglas generales para el caso.

Por viciosos que sean en la forma, habremos de respetar los vocablos que el uso ha naturalizado, y recomendar la analogía para los casos semejantes. Así, no deberemos aceptar entre los términos científicos modernos algunos que se han trasladado al castellano con diferencias respecto á otros de igual forma ya conocidos. Tales son varios que como final llevan la dicción griega σκοπέο, traducida de antiguo por *scopio* en *microscopio* y *telescopio*, y que autores poco escrupulosos han cambiado malamente en *scopo* (copiando servilmente el francés *scope*), y alterado el acento del compuesto, para decir *anemóscopo*, *baróscopo*, *electróscopo*, *espectróscopo*, *estereóscopo*, *estetóscopo*, *oftalmóscopo*, etc.: la analogía basta para saber ó decidir que en todos los casos la terminación ha de ser la misma, y que, por tanto, deberá decirse *anemoscopio*, *baroscopio*, *electroscopio*, *espectroscopio*, *estereoscopio*, *estetoscopio*, *oftalmoscopio*, etc., etc.

Hay otras palabras que, aun después de admitidas sin dificultad morfológica, ofrecen dudas en la pronunciación, cual sucede en varios compuestos del sistema métrico, que el vulgo se obstina en pronunciar como esdrújulos, diciendo *quilógramo*, *hectógramo*, *decálitro*, etc.,

apartándose de la recta acentuación que, según la cantidad originaria de las sílabas, establece la Academia; y todavía en las mismas palabras métricas hay la dificultad de si las que contienen la representación del múltiplo 1000, es decir, del griego χίλιοι, deben escribirse con *k*, como han hecho desacordadamente los franceses, por atender, contra la índole de su lengua, á la fonética, ó es preferible, ya que no se emplee la *ch* con sonido duro, como se hubiera hecho en tiempos no remotos, usar la *q*, que la ha sustituido en nuestra ortografía, como poco á poco lo va admitiendo el léxico, para cambiar una letra impropia de nuestro alfabeto y de la razón etimológica con otra que la reemplaza sin desventaja.

Ya nadie insiste en hacer esdrújula la terminación λογία de muchas palabras científicas; pero hasta época muy reciente, la mayor parte de los naturalistas españoles pronunciaban *Mineralógia*, *Geológia*, *Meteorológia*, *Zoológia*, procedimiento con el cual hubiera sido necesario llegar á *Anfibológia* y *Teológia*, como se dijo por analogía *Organografía* y *Cosmogónia*, aun cuando se trataba de otras terminaciones. La prosodia griega y la tradición castellana se oponen á semejantes aberraciones; pero queda como caso dudoso el de la ortografía para la transcripción de los neologismos que, nacidos de las lenguas clásicas, contienen con frecuencia signos fonéticos que en la mayoría de las naciones suelen expresarse con dos consonantes, una de ellas sin sonido claramente perceptible, sistema que existía entre nosotros hasta comienzos del presente siglo, conforme se ve en el *Léxico de Autoridades*, donde se representan: la letra griega χ, con *ch*, como antes he dicho; la θ, con *th*; la ρ, con *rh*, y la φ, con



*ph*. Hoy la costumbre ha sancionado sustituir en español con la *c* ó la *q*, la *t*, la *r* y la *f* respectivamente, los casos anteriores, y suprimir así la *h* ociosa, para que la escritura se simplifique y queden anuladas las letras útiles sólo para la etimología.

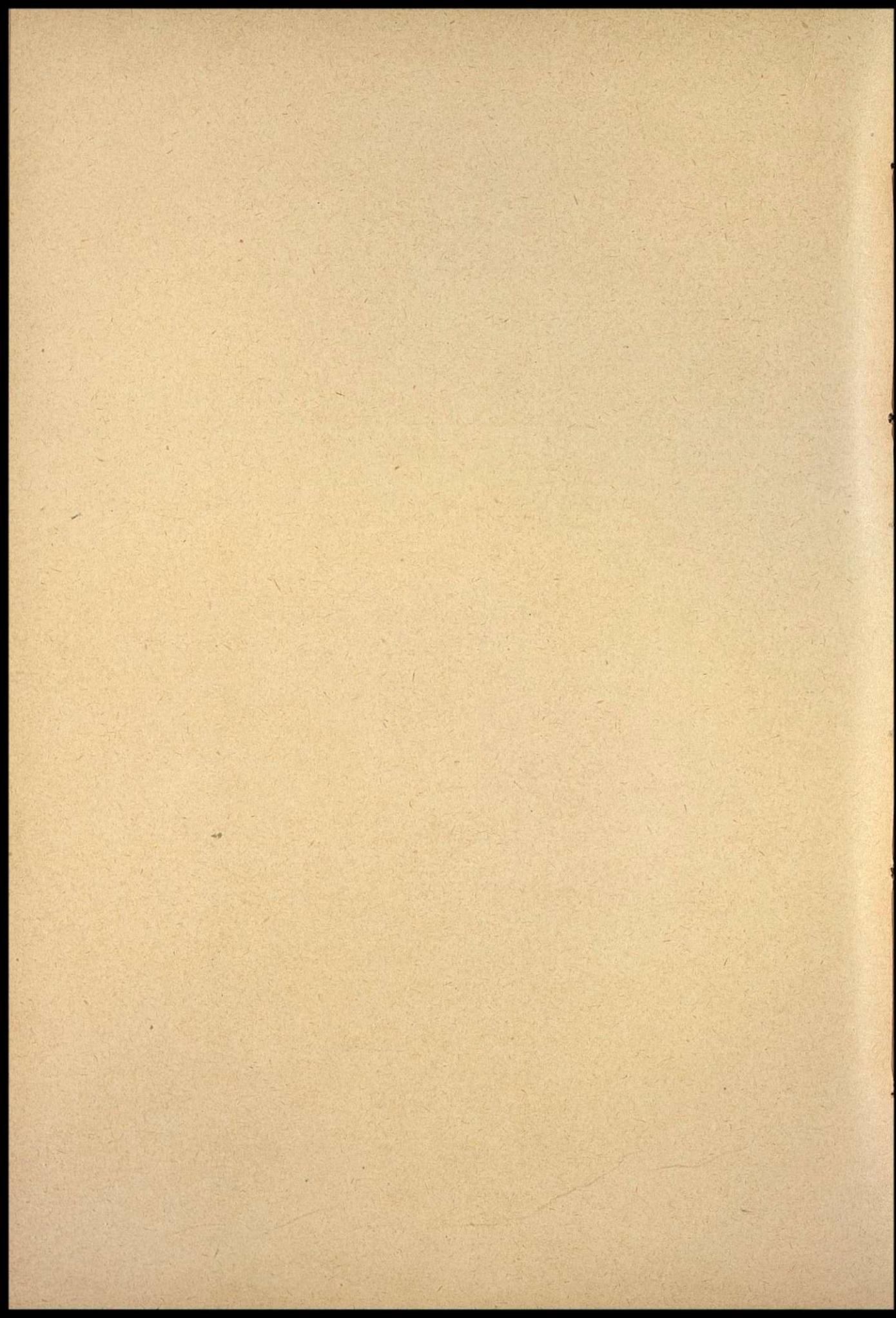
En algunas ocasiones, no obstante, habrán de escribirse las palabras con letras sin sonido en castellano, tal y como se ven en su origen, pues nada autoriza para alterar los nombres extranjeros que sean propios ó geográficos; pero no será esto cuando se trate de naciones, comarcas, pueblos, ríos, etc., que aun teniendo denominación peregrina en nuestra fonética, cuentan con traducción castellana conocida, tales como *Austria*, *Inglaterra*, *Baviera*, *Constantinopla*, *Londres*, *Támesis*, *Danubio*, *Ródano*, etc., que en los idiomas correspondientes se denominan *Oesterreich*, *England*, *Baiern*, *Istambul*, *London*, *Thames*, *Donau*, *Rhône*, etc., siendo de advertir que en todos los idiomas ocurre cosa parecida con los nombres geográficos muy conocidos. Así dicen los franceses *Cordoue*, por *Córdoba*; *Valence*, por *Valencia*; *Anvers*, por *Antwerpen*, que nosotros llamamos *Amberes*; *Mayence*, por *Mainz*, en español *Maguncia*; *Bâle*, por *Basel*, aquí *Basilea*, y *Aix-la-Chapelle* por *Aachen*, nuestro *Aquisgrán*. Pero fuera de estos casos, que son los menos, los nombres propios, aun cuando pasajeramente se hayan castellanizado (como *Plymouth* en *Plemona* y *Schenck* en *Esquenque*), no deben alterarse en su escritura, pues son voces que no necesitan la transformación, conveniente en las palabras de mucho uso ó en las científicas, destinadas á tener ciudadanía en todas partes, aunque acomodándolas previamente al genio de cada lengua; regla

que también es aplicable á los nombres latinos ó latinizados con que se representan científicamente las especies botánicas ó zoológicas ó los simples y compuestos químicos, pues si debemos aceptar y respetar los nombres dados por los sabios al *Eucalyptus*, á la *Phylloxera* y al *Helium*, ha de ser escribiendo eucalipto, filoxera y helio.

Con las condiciones señaladas, nada importará que los neologismos aumenten: antes al contrario, en ellos encontrarán las ciencias facilidades para su desarrollo, y el capital común de la lengua, á modo del de reserva de opulenta sociedad comercial, se conservará incólume ó con acrecentamiento justificado, mientras los valores circulantes serán cada vez mayores y de más aceptación.

Creo que todo cuanto he expuesto en realidad no es sino lo que la Academia enseña con el ejemplo de su léxico; y aun cuando partidario decidido de los neologismos bien establecidos, no por ello olvido el culto que merece la tradición en lengua patria, que como obra del espíritu nacional, sin alterarse ni en la forma ni en la esencia, ha de conservarse como patrimonio indestructible de todos los españoles.

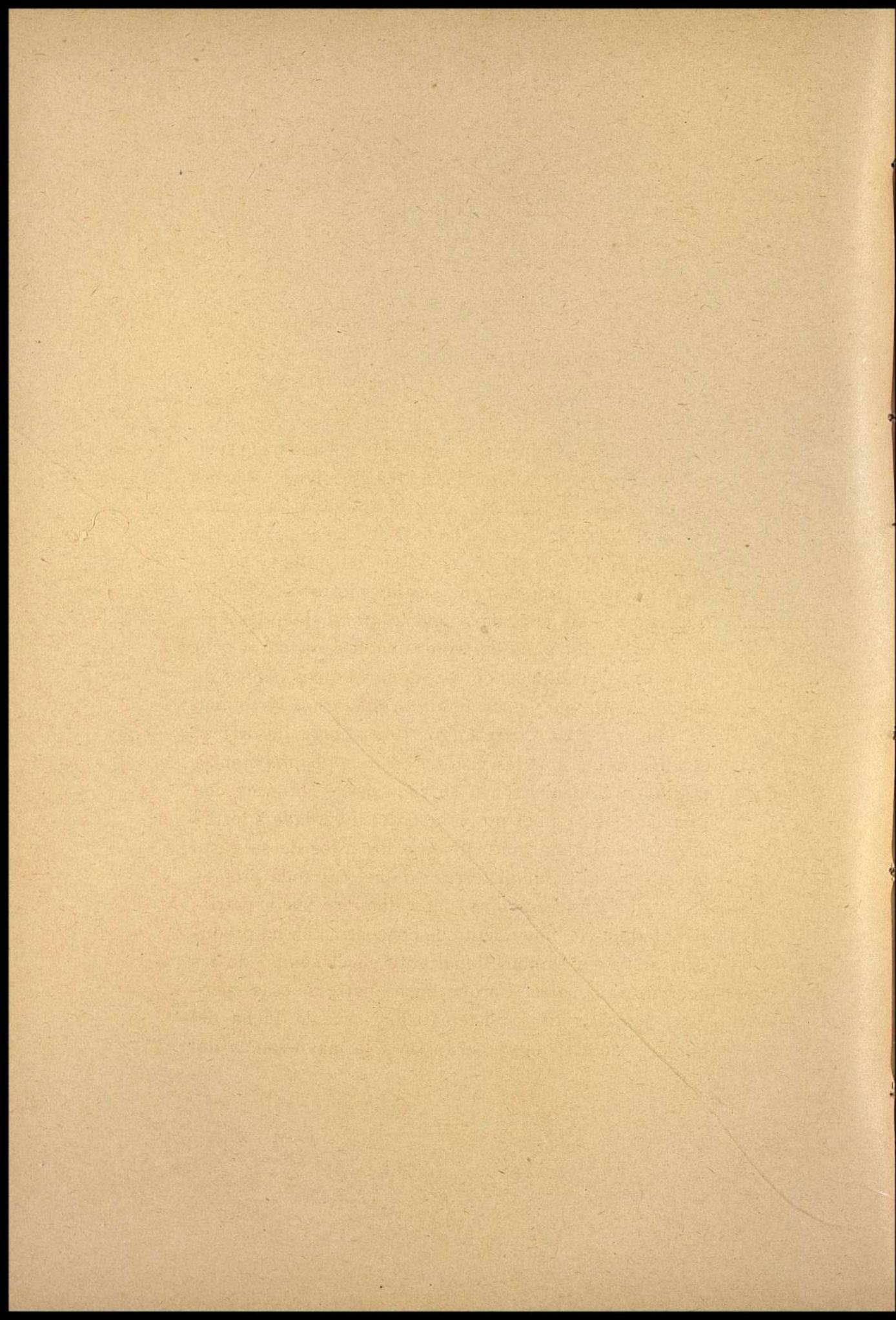
HE DICHO.



CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO SAAVEDRA



## SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuando los asombrosos triunfos de las banderas españolas, á uno y otro lado de los mares, dirigían á los campos de batalla de lejanos países la actividad de cuantos en el nuestro no se avenían con el sosiego del bufete, la sujeción del claustro ó los afanes del taller y la labranza, los que empuñaban ó vestían hierro vacaban con frecuencia al ejercicio de la pluma, y ora en el descanso de la guarnición ó del campamento, ora en el ocio forzado de invalidez honrosa, creaban monumentos de aquella gloria que nunca podrá arrebatarnos la codicia de injusto agresor extranjero. Como nube ilusoria se desvanecieron aquellos vistosos alardes de prepotencia militar y política; España ha visto desde entonces, con más daño de su amor propio que de su verdadera fortuna, irse retirando gradualmente los hitos de su vasto imperio hasta ceñir el territorio que, con toda propiedad y sin retóricas figuras, debe llamarse suelo patrio, y ese saludable movimiento de concentración ha producido al fin un cambio importante en el rumbo de las energías nacionales. Porque buena parte de esas energías, apartada de la sistemática y cruenta lucha del hombre con el hombre, se aplicó á la más fecunda del

hombre con los elementos naturales, y por resultado de sus incruentas victorias ha perforado las sierras; ha salvado los abismos; ha orlado los ásperos estribos de las montañas con cintas de menudo guiño ó de luciente acero; ha elevado esplendentes focos para guiar las flotantes ciudades de hierro al puerto que les tiende sus avanzados brazos de amontonada piedra; ha llevado las enfrenadas aguas de los ríos lejos de sus cauces; ha cosechado centuplicado fruto de la haz de la tierra, en cuyas entrañas ha buscado la codiciada vena metalífera, y ha hecho al rayo esclavo sumiso de sus voluntades. Y así como los esforzados hombres de guerra, depuestas las iras del combate, doblaron la cerviz alblando yugo de las musas, así también han logrado penetrar en su templo los laboriosos adalides de las artes de la paz, de la cultura y del progreso.

Soldado de última fila en esa nueva y nobilísima milicia, siento henchirse mi corazón de orgullo al hacer, en este momento solemne, la presentación de un camarada tan competente y esclarecido como el Sr. D. Daniel de Cortázar. Naturalista de profesión, matemático casi de nacimiento y por herencia y por inclinación literato, nuestro nuevo compañero ha podido fundir en el crisol de su inteligencia, como sabio químico y hábil metalurgista, menas de las pertenencias más variadas en el área del saber, contra la vulgar opinión, que estima antagónicas y radicalmente incompatibles ciertas disciplinas, sobre todo las buenas letras y las matemáticas. Es la matemática ciencia del espacio y del tiempo en sus manifestaciones de medida y número, y mirándolas en sus aspectos de forma y ordenación, presta

figura sensible y disposición elegante á las concepciones más abstractas; ó por inverso modo, se levanta desde lo material y tangible á la contemplación de lo imaginario y lo infinito. Lejos, pues, de ser obstáculo, la educación matemática suministra preparación muy adecuada para sentir la belleza del arte, que es, en suma, unidad en el conjunto, ordenada variedad en las partes, abstracción continuada para llegar de lo real á lo ideal; y como está en la Naturaleza la fuente primordial de lo bello, el ingeniero que, provisto ya de aquel fundamento científico, se halla en contacto incesante con ella, no para admirarla pasivamente, sino para contrariarla y vencerla, puede mejor que nadie penetrarse de la colosal grandeza y de la concertada armonía de las fuerzas que encierra, ya en los terribles momentos en que se ve sorprendido por la tempestad desencadenada con furia incontrastable, ya cuando á la simple presión de su mano vuela en masa una montaña entera, ó hace lucir el tenue filamento de una lámpara de candencia.

Por eso es tan frecuente la unión de las aptitudes científicas con las aficiones literarias, y sería demasiado larga para traída aquí la lista de ingenieros españoles que han brillado como poetas ó de poetas que han sido no vulgares matemáticos; bastándome señalaros esos mismos escaños, donde al lado de un ejemplo de feliz concordia entre los prodigios de la erudición y las maravillas del ingenio, tiene asiento quien á la vez domina la cumbre de las ciencias positivas, esgrime con brío las armas de la oratoria, y se cierce en las peligrosas alturas de la poesía dramática.

Ni en punto á diversidad de aptitudes y tareas cabe

olvidarnos del Académico eminente, cuyo terrible fin dejó vacante el puesto con que hemos brindado al señor Cortázar. En el discurso que acabáis de oír, y antes de él en multitud de escritos y peroraciones, se ha presentado y discutido á D. Antonio Cánovas del Castillo como historiador y como literato, como orador didáctico y orador parlamentario, como periodista y como académico, como perito en Bellas Artes y colector de buenos libros, como hombre de Estado y hombre de sociedad: á mí no me incumbe sino recordarlo como amigo consecuente, dispuesto de continuo al favor y la ayuda, siempre tolerante con la contradicción moderada y razonable, y respetuoso con el disentimiento nacido del fondo de la conciencia. Público testimonio de su antigua y constante amistad recibí de él en el acto de mi ingreso en esta Academia, y es justo que le rinda igual tributo en el momento en que he de apartar el fúnebre crespón de su sitial para que lo ocupe su digno sucesor.

Que lo es, sin disputa, el nuevo compañero, no sólo lo han publicado vuestros votos, sino que lo había ya declarado su propio antecesor al recomendarnos calurosamente su candidatura para la ocasión más próxima, muy poco antes de su trágica muerte, como si lo instituyera, sin darse cuenta de ello, por heredero testamentario de su plaza académica. Parte principal para este sentimiento de simpatía hubo de ser la afición que de su primer viaje á Italia trajo el Sr. Cánovas á los estudios geológicos, avivada por el interés que ahora ofrecen para el examen de las civilizaciones primitivas. Trabajos de aquella índole han ocupado con preferencia al señor Cortázar en los últimos veintisiete años de su vida

profesional como ingeniero del Cuerpo de Minas, en el cual goza de la categoría de Jefe de primera clase y tiene el cargo de Subdirector de la Comisión del Mapa geológico. Para desempeñar cumplidamente su cometido, ha trepado á los picos del Pirineo, de Sierra Nevada y de Guadarrama; ha penetrado en el laberinto de montañas que forma el núcleo de la oreografía peninsular y despide en contrarios sentidos las aguas del Júcar, del Guadalaviar, del Jiloca y del Tajo; se ha internado en los espesos montes de Toledo; ha corrido los feraces campos de Castilla la Vieja; ha acampado en las salobres llanuras de la Mancha; ha descendido á las profundas minas de la Sierra de Gádor, y ha hundido sus pies en la mullida tierra de las huertas de Valencia y de Murcia. Resultado de tantas y tan penosas exploraciones han sido siete tomos de las *Memorias de la Comisión del Mapa geológico*, con número considerable de escritos menores publicados en el *Boletín* de la misma Comisión, y bastantes para formar en junto uno ó dos volúmenes más. La claridad, la precisión y el sobrio estilo que caracterizan estos libros atrajeron desde luego la atención del Sr. Cánovas y valieron á su autor toda su buena voluntad, que fué en aumento cuando vió con qué maestría trataba asuntos científicos muy diversos en otros libros, como la *Memoria acerca de la Exposición universal de Filadelfia de 1876*, donde fué Jurado, lo mismo que en la de París de 1878, ó el que en concurso público obtuvo el premio de Gómez Pardo, titulado *Historia descriptiva y crítica de los sistemas empleados en el alumbrado de las excavaciones subterráneas*, compuesto en colaboración con su colega D. Amalio Gil y Maestre, muy aplaudido en

los periódicos científicos de Europa y América por las oportunas novedades que en él se proponían, y traducido luego al alemán.

Ajeno de esta ocasión es hablar de los servicios del Sr. Cortázar en la explotación de las célebres minas de Almadén y de Linares; de las Comisiones para representar á España en el Congreso de Electricidad de París de 1881, y los de Geología de Bolonia en 1882 y de Zurich en 1894; de las Conferencias sobre la *Evolución natural* profesadas en el Ateneo de Madrid; de sus informes oficiales y discursos académicos, ó de las varias Sociedades científicas, nacionales y extranjeras de que forma parte: importa, sí, consignar lo valiosa que me fué su colaboración en los quince tomos de los *Anales de la Construcción y de la Industria*, no menos que en la continuación del quinto del *Diccionario de Arquitectura é Ingeniería*, y cuánto me honra ser su colega en el Consejo de Instrucción Pública y en la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.

«Herederó del saber de su padre en las ciencias exactas—decía D. Manuel Fernández de Castro al darle la bienvenida en este último Cuerpo,—el nuevo Académico cuenta entre sus méritos el de haber sabido mantener la importancia de los libros con que aquél difundía el conocimiento de las matemáticas en todas partes donde se habla nuestra lengua; habiendo conseguido que, á pesar de las alteraciones que en esta parte de la enseñanza se han introducido en los últimos años, puedan seguir figurando dignamente entre los primeros que eligen los profesores para que sirvan de consulta á sus discípulos.»

Constante y principalísimo empeño del autor de tan-

tos escritos ha sido purgar el lenguaje científico de extranjerismos inútiles ó malsonantes, tales como *liana*, por bejuco; *flanco*, por ladera, derrame y vertiente; *fiord*, por freo; *humus*, por mantillo; *grisou*, por mofeta; *caoutchouc*, por caucho ó goma elástica, y *colorear*, por colorir ó colorar. En otras voces ha rectificado la escritura viciada, como en *seísmico*, por sísmico; y ha vuelto al uso varias voces, más ó menos técnicas, y casi olvidadas por los escritores especiales, como *altozano*, *jacilla*, *quijero*, *aguazal*, *labajo*, *tormo*, *pizarreño*, *róseo* y muchas otras que sería prolijo citar. Para ello ha tenido que consultar muchos libros antiguos y modernos, y manejar sin descanso toda clase de diccionarios, de que ha reunido lucida y numerosa colección, así de la lengua castellana (inclusas nuestras doce ediciones del vulgar y las dos de autoridades), como de las dos lenguas clásicas, de las cuatro europeas vivas que posee, y hasta de la arábica, que cursó tan sólo por su importancia en la filología española.

Esos estudios vinieron á encariñarle á la postre con el análisis minucioso de nuestro léxico, siguiendo paso á paso sus alteraciones y reformas con la atención que demuestran varios pasajes de su discurso. Pudo advertir así cómo las sucesivas ediciones del libro académico fueron mejorando de una en otra hasta la quinta inclusive; cómo la sexta marca un retroceso visible, y cómo desde la novena en adelante se renovó decididamente el progreso hasta la última. Indújole el resultado de sus observaciones y el conocimiento de los defectos de que adolecía aún, como toda obra humana, nuestra edición duodécima, no á desatarse en destempladas censuras y

públicos denuestos, sino á proponer mesurada y modestamente, para nosotros solos, aquello que entendía ser útil á la obra verdaderamente nacional y civilizadora del *Diccionario*. La Academia se mostró agradecida por tan oportuna y provechosa colaboración, confiriéndole en 1887 el título de Correspondiente, y este honor, lejos de adormecer su actividad, la estimuló de tal manera, que á la hora presente nos tiene ya remitidas más de 14000 papeletas de enmiendas, supresiones ó adiciones que, á su juicio, deben hacerse en el *Diccionario*, y no como meras ocurrencias, hijas de un examen superficial, sino acompañadas siempre de la exposición de motivos que le han conducido al reparo, y con la cita de los libros y autores que en casos dados lo justifican y donde se podrá comprobar su exactitud.

Esta noticia, propia del día de hoy, que es en la Academia el día del Sr. Cortázar, no ha de ser parte, sin embargo, para dejar creer que mi apadrinado ha sido único en prestar ayuda para el mejoramiento del libro fundamental de nuestro Instituto; antes bien, de todas partes y á porfía han venido los amantes de la lengua castellana á ofrecernos el resultado de sus indagaciones. Aparte de los trabajos de los Académicos de número, que paso por alto porque con ellos no hacemos más que cumplir con nuestra obligación, he de consignar que de los Correspondientes españoles han contribuido, el Sr. Bueso, con diez mil papeletas; el Sr. Oca, con cinco mil, y con vario número el P. Fita y los señores Palau, Eguílaz, Alvarez Sereix, Saralegui y Fabra; de los americanos recuerdo á los Sres. Calcaño, Riva Palacio, Seijas y Tejera, y aun de fuera de la

Corporación nos han favorecido el P. Pedro Gómez, D. Mariano Medina, D. Felipe Pedrell, D. José Ramón de Luanco, D. Ildefonso Sierra, D. Rafael Monroy y otros más. Se ha reunido así un caudal de más de cuarenta mil papeletas con observaciones utilísimas, unas porque desde luego dan solución á los defectos señalados, y otras porque, sin acertar por completo con ella, han fijado la atención de la Academia sobre el punto discutido. Como es natural, varios autores han coincidido de tal manera, que sobre una misma acepción se han recibido hasta cuatro ó cinco cédulas redactadas en idéntico sentido; pero ¡cosa singular! bien pocas de tan inmenso número han dado la razón á las inciviles críticas que saludaron nuestra última edición de 1884. Hecho tan elocuente procede de ignorar muchos censores que un *Diccionario* no es hacinamiento de palabras traídas de cualquier parte y de cualquier modo, sino obra de investigación detenida y rigurosa, en que la admisión ó supresión de cada vocablo se ha de demostrar como un teorema de Euclides, y la redacción de las definiciones debe ajustarse á la precisión sistemática de las descripciones características de Linneo. Por eso importa reforzar nuestras filas con hombres, como el Sr. Cortázar, que profesen las enseñanzas de uno y otro maestro; y no quiero desaprovechar esta oportunidad para manifestar, que si el inolvidable Tamayo era el más perfecto lexicógrafo que he conocido, lo debía á su sólida educación científica, poco aparente para el público por el extraordinario resplandor de su fama poética. La verdad es que nuestro *Diccionario*, en cuya composición tanta parte le cabe, aventaja en esmero y en rigor lógico á los más célebres

del extranjero, y que el público, después de haberse solazado un rato con los dicterios y bufonadas de nuestros adversarios, acudió á comprar la combatida edición duodécima; y hace ya seis años que se vendió el último de los 15000 ejemplares de la tirada.

Espero igual suerte para los 25000 de la edición décimatercera, que llega en lo ya estampado á la V, con más de treinta mil variaciones, en las cuales se ha atendido antes á depurar el texto que á multiplicar las novedades. El mismo Sr. Cortázar, no obstante su razonada defensa del neologismo, se ha atendido á su antigua tendencia conservadora y restauradora, y ha escaseado las papeletas de voces nuevas hasta reducirlas á cosa de un centenar y medio, y sólo para completar ciertos grupos que constaban ya en ediciones anteriores, ó para dar ingreso á vocablos usualísimos y de buena acuñación. Hase ajustado con esto el autor de tan ímprobo trabajo al principio tradicional y constante que ha guiado á la Academia en la adopción de neologismos, y según el cual se abstiene cuidadosamente de darles entrada en el *Diccionario* sin la sanción del uso bien dirigido, en quien sigue reconociendo el *ius et norma loquendi* del preceptista latino. Precaución es ésta muy cuerdamente establecida para conservar la justa autoridad que goza y ha gozado siempre nuestro léxico, donde hay la seguridad de que para nada han de influir caprichos ó genialidades personales; pero las mudanzas de los tiempos han traído á su vez cambios importantes en el modo de aceptar esta clase de agregaciones, que cada día llaman á nuestras puertas en mayor número y con más empuje. Era preciso en los primeros tiempos que el advenedizo

invadiese nuestro recinto á viva fuerza, sin acción alguna por nuestra parte, saltando por cima de las murallas; consintióse después que la entrada se hiciera por las puertas entreabiertas, con objeto de contrastar más fácilmente en el fielato el valor del género presentado, antes de que no hubiera ya remedio para encajarlo en los moldes de la buena derivación, como ha sucedido en los casos citados por el Sr. Cortázar, y hoy es preciso hacer más; no podemos conservar la acostumbrada pasividad, y debemos salir al campo á reconocer las piezas que por allí corren ya con alguna aceptación, para inutilizar las de mala ley y traernos las buenas en disposición de que puedan recibir todavía el legítimo cuño de que tan oportunamente nos ha hablado el nuevo Académico.

Cierto es que el vulgo, en la secular é incesante labor que con tanto acierto se describe en el anterior discurso, ha modelado los troqueles de ese cuño; pero consolidada y fija la lengua por el arte literario, el pueblo ha perdido su antigua espontaneidad para continuar su evolución; y siendo indispensable una mano bien ejercitada para manejar el volante, ninguna como la de la Academia, celosa depositaria de la pureza del habla, y ganosa de que adquiera la flexibilidad conducente á su más fácil empleo en la vida moderna, como lo procuraron para la de su tiempo los príncipes del ingenio. Un artículo de la edición en prensa servirá como ejemplo del uso que hemos hecho de esa iniciativa. Se puede decir sin reparo que un metal tiene *maleabilidad*, ó calidad de maleable, porque puede ser machacado con un martillo; se puede decir también que goza de *fusibilidad*, ó de la

calidad de fusible, porque se puede fundir al fuego; pero que tenga *conductibilidad*, querría decir que tiene calidad *conductible*, ó sea que se puede conducir en carro ó á lomo, pero no que pueda conducir algo, como el calor ó la electricidad, pues el adjetivo correspondiente á semejante facultad es *conductivo*, y por eso se ha incluido la nueva voz *conductividad*, correlativa á la bien formada inglesa *conductivity*, contra la mal hecha *conductibilit * de los franceses.

Igualmente hemos emprendido la reforma de las terminaciones correspondientes á ciertos cuerpos simples, que por la influencia del francés disonaban de los mejor escogidos para la mayoría de ellos. Como de potasa se ha dicho *potasio*; de circón, *circonio*; de N obe, *niobio*; de Vanadis, *vanadio*, y del latín *iris*, *iridis*, *iridio*, así debe salir del griego τ τανος, *titanio*; de Tántalo, *tantalio*; de Urano, *uranio*, y del latín *tellus*, *telluris*, *telurio*. Esto nos lleva como por la mano   discurrir sobre la manera de castellanizar una caterva que se nos echa encima de palabras científicas de aspecto rudo y propias para acabar con los órganos vocales de los físicos españoles. Sabido es que la Asociación británica para el progreso de las ciencias inició en 1861 la idea, hoy generalmente admitida, de crear una nomenclatura especial para las unidades eléctricas, tomada del griego   de nombres célebres en los fastos de la ciencia, pero con fuertes ap copes que han hecho terminar todas esas voces en consonante   en vocal muda, como si el intento hubiera sido más suministrar raíces acomodables   la índole de cada lengua, que dar vocablos definitivos de uso universal. No lo han entendido así la mayoría de los sabios, y nos han propi-

nado las palabras *dyne, erg, ohm, volt, ampère, coulomb, farad, watt* y *joule*, que si difíciles de pronunciar para nosotros tales como están, lo son mucho más cuando entran en composición ó derivación, sin contar con que nadie tiene obligación de saber francés é inglés y hallarse prevenido, si no se le dice por nota especial, de que el diptongo *ou* equivale á *u* ó á *au*, y que la *e* final es muda. Lo dicho respecto de los cuerpos simples de la química y el modelo parecido de los naturalistas, que no llaman á las flores *fuchs, garden, camelli, magnol, dahl*, sino *fucsia, gardenia, camelia, magnolia, dalia*, nos enseña que debemos decir *dinio, ergio, ohmio, voltio, amperio, culombio, faradio, vatio* y *julio*, en la seguridad de que cualquier sabio extranjero reconocerá en estas palabras las ya sabidas del tecnicismo eléctrico, mucho antes de que acierte á traducir un par de renglones del libro en que se encuentren. Y no he de omitir que el sistema que os propongo contaba con el autorizadísimo apoyo del nunca bastante llorado D. Manuel Tamayo.

De la misma manera nos hemos apresurado á rectificar malas acentuaciones procedentes también de la descuidada traducción de libros franceses, incluyendo las voces *electrólisis* y *dinamo*, ya que se dice *análisis* y *parálisis*, y que los modernos químicos, al igual de los antiguos botánicos, escriben *didinamo, tridinamo, tetradinamo*, etc.

Es, empero, insuficiente el medio de negar ingreso en el *Diccionario* á los neologismos impropios para limpiar el idioma de barbarismos, porque el público no puede saber si la ausencia de tales vocablos se debe á ser inaceptables de todo punto ó á no haberles llegado el tiem-

po de entrar. Es preciso arbitrar modo de perseguir directamente, aparte del *Diccionario*, los vicios del lenguaje, ampliando las observaciones que á este intento lleva al final nuestra *Gramática*. Nunca se podrá admitir que se diga *solucionar*, por resolver; *influenciar*, por influir; *presupuestar*, por presuponer; ni que *concurrir*, cuya significación es «poner en concurso los bienes de un deudor,» se emplee en documentos oficiales en el sentido de *concurrir* ó acudir á un concurso para la provisión de una cátedra.

Importa, pues, destruir esa lepra apenas despunte en el campo literario, como se atacan las infecciones epidémicas en su raíz antes que propaguen sus estragos; y si la índole de nuestro Instituto se opone á una campaña directa, creo que cada uno de nosotros, individualmente y sin responsabilidad del Cuerpo, debe contribuir á la buena obra con atinadas censuras. Merécelas también, y muy severas, el aluvión de voces arbitrariamente formadas con elementos griegos, con que se decoran á veces ciertos ramos del saber y fútiles inventos. A lo dicho por el Sr. Cortázar, añadiré que he visto llamar, contra los más sencillos rudimentos de Gramática, *ginepatía* á un tratado de enfermedades de la mujer, sin duda porque el autor no tuvo en cuenta que el genitivo de *γυνή* es *γυναικός*, y que debió escribir *ginecopatía*, como se lo hubieran indicado los artículos *ginecología*, *ginecocracia* y *gineceo* del *Diccionario* castellano. Otro tratado de enfermedades de los niños lleva por título *paidopatía*, por pedopatía; como si se dijera *paidogogo*, *paiderasta*, *ciropaidia*, *enciclopedia* y *ortopáidico*.

Dependen estos vicios de que olvidan muchos sabios

modernos que, no siendo la lengua griega fuente directa de las romances, no puede darles, sin cierta preparación ó manipulación especial, las voces que se le pidan. Todas las que en el lenguaje común de allí provienen han pasado antes por el latín, donde había reglas precisas para recibir las palabras de su vecina y maestra, y los sabios anteriores á nuestros tiempos no acudían á tan rico manantial sin latinizar primero el compuesto griego, y acomodar después el nuevo vocablo á la índole de la lengua moderna respectiva, conforme á las reglas que también posee cada una para incorporar los de su madre. El diptongo *æ* se cambió siempre en el *æ* latino, y éste, á su vez, en *e* en español, en francés y en italiano; la *x* se hizo *c*, y no *k*, cualquiera que fuese la vocal subsiguiente; y por haber prescindido de estas sencillas nociones, vemos que los geólogos llaman *cainozóico*, por *cenozóico*, al terreno terciario, cuyos pisos denominan ellos mismos, según acabáis de oír, *eoceno*, *mioceno*, *plioceno*, y no *eocaino*, *miocaino*, *pliocaino*. Y para no repetir lo que ya ha expuesto el Sr. Cortázar sobre los desatinados hibridismos al uso, contentaréme con citar el *velódromo* y la *radiografía*, que pudieran ser en todo caso *ciclódromo* y *actinografía*, ó el tan esparcido *cablegrama*, que no sirve para nada mientras no se diga *hilograma* ó *alambregrama*, para distinguir de los transmarinos los despachos telegráficos terrestres.

Nace tal desbarajuste filológico de cierto desvío que se va marcando entre las profesiones científicas y los estudios literarios. Antiguamente, todo aquél que no abrazaba un oficio mecánico empezaba por cursar el trivio de las artes elementales, Gramática, Retórica y Dialéc-

tica; y ora quisiera ser médico, legista, astrónomo ó teólogo, llevaba siempre esa base de conocimientos comunes que le habilitaba para tratar con soltura los asuntos de su competencia. Pero ahora se tiende á concentrar la atención de cada cual en el ramo y aun porción de ramo que cultiva, y se desdeña cuanto no conspire directamente á imbuirse más y más en la materia elegida, estimando que se pierde en profundidad cuanto se dedique á extender el ámbito de los conocimientos afines ó auxiliares. No niego que ese sistema de educación intelectual haya producido sabios eminentes; pero por lo común resultan especialistas sin influencia en la cultura general; números con corbata ó retortas con levita, verdaderos operarios, no maestros y soberanos divulgadores de la ciencia.

Hoy más que nunca es necesaria una alianza íntima, aunque prudente y limitada, entre las ciencias y las letras. En los siglos en que del fecundo tronco del latín brotaron las ramas cuyo desarrollo condujo al nacimiento de los diversos romances, la formación y perfección del lenguaje fué obra del pueblo, según queda dicho, y á modo de marea creciente llegó á invadir y cubrir los acantilados en que, como sabia y oficial, estaba refugiada la lengua matriz. Pero cuando la organización interna de las nuevas lenguas ha tocado ya á su término y se han encargado los doctos de aplicar sus leyes, el movimiento de transformación y progreso es inverso, y procediendo de arriba abajo como benéfico rocío, tiende á difundir en el pueblo los modos de hablar de la gente culta. No trato de repetir con esto lo que hace poco he dicho acerca del neologismo propia-

mente entendido, sino que quiero referirme á otro género de neologismo mucho más natural, más frecuente y más provechoso, que consiste en hacer común el uso de muchas palabras y de muchos giros que antes eran como patrimonio exclusivo del estilo más escogido. Atended, al pasar por la calle, á las conversaciones familiares de los transeuntes de todas condiciones, y echaréis de ver cuánto ha ganado el lenguaje del vulgo en claridad, buen gusto y extensión, empleando el menestral, el cosechero ó la oficiala palabras de bueno y ordinario castellano que desconocían hace treinta años, sin los rodeos y estribillos inseparables de quien dispone de cortísimo caudal de voces.

La oración sagrada, el discurso político, la conferencia didáctica, el teatro, la novela y el periódico, son fuente continua de esa elevación de nivel en la cultura popular, y cabe gran responsabilidad á quienes manejen esos instrumentos de progreso sin la oportuna destreza. Base precisa para evitarlo es una preparación literaria bien entendida en la segunda enseñanza, despojada de toda pretensión enciclopédica y encaminada á prestar jugo al entendimiento y ductilidad á la imaginación de los hombres de ciencia, como los elementos fundamentales de las ciencias vigorizan el juicio de los hombres de toga. No se contenten, sin embargo, los que en la cátedra, en el libro, en la tribuna ó en la prensa diaria ejercen de maestros con los rudimentos de las letras humanas aprendidos en la escuela: sólo la lectura incesante de buenos escritores puede hacerlos dignos de tan alto ministerio. Impropio sería exigir de un abogado, de un ingeniero, de un químico, que devorara los tomos de la

*Biblioteca* de Rivadeneyra; pero no podrán negarse á tomar, siquiera como solaz, la lectura asidua de alguna antología, como la del gran Quintana. Cesará entonces todo divorcio entre ciencias y letras; la evolución del lenguaje marchará por seguros derroteros, y crecerá lozano el árbol de la ilustración común, firme apoyo de la pública prosperidad, de aquella prosperidad que se funda en el propio valer, no en ajena servidumbre. A tan altos fines conspira la perseverante tarea emprendida por el Sr. D. Daniel de Cortázar y hace ya más de un siglo recomendada por mi ilustre deudo Forner, cuando escribía: «Nunca una nación arribará á poseer las ciencias en su verdadero punto y sazón, si sus profesores no aprenden á pensar y hablar como conviene á cada cosa;» palabras que parecen sintetizadas en aquellos versos de su célebre *Sátira*, premiada por nuestros antecesores:

Acompañe á la ciencia la pureza,  
y admirados seréis en todas partes.

HE DICHO.

